CRISTO EN EL TABERNACULO

El detalle y extensión con que se nos ofrece la construcción del Tabernáculo en la Sagrada Escritura han llamado siempre la atención de los cristianos. Antes de finales del primer siglo mereció todo un comentario inspirado —que pronto ocupó un lugar de honor en las primitivas iglesias, a pesar de ser desconocido su autor—, la epistola a los Hebreos, donde hallamos, con referencia al Tabernáculo, la declaración: «Lo cual es figura (o simbolo) del tiempo presente» (Hebreos 9:9). A descubrir tales figuras o simbolos se han dedicado desde entonces grandes pensadores cristianos. Uno de los primeros fue Origenes —en el II y III siglos—, hasta el punto de ser considerado como exagerado por muchos exégetas posteriores. Pero no creemos que pueda calificarse asi el libro del Dr. A. B. Simpson. Sus figuras son generalmente reconocidas y aceptadas por muchos cristianos de todos los tiempos, y su estudio ha servido como medio de edificación espiritual a no pocos hijos de Dios.

Juan el Bautista no habria podido llamar a Jesucristo «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo», si no hubiera estado familiarizado con los sacrificios del ritual judio en el Templo. La frase «el Cordero que fue inmolado», aparece con mucha frecuencia en el único libro que tenemos que nos describe las glorias del cielo en un lenguaje también figurado.

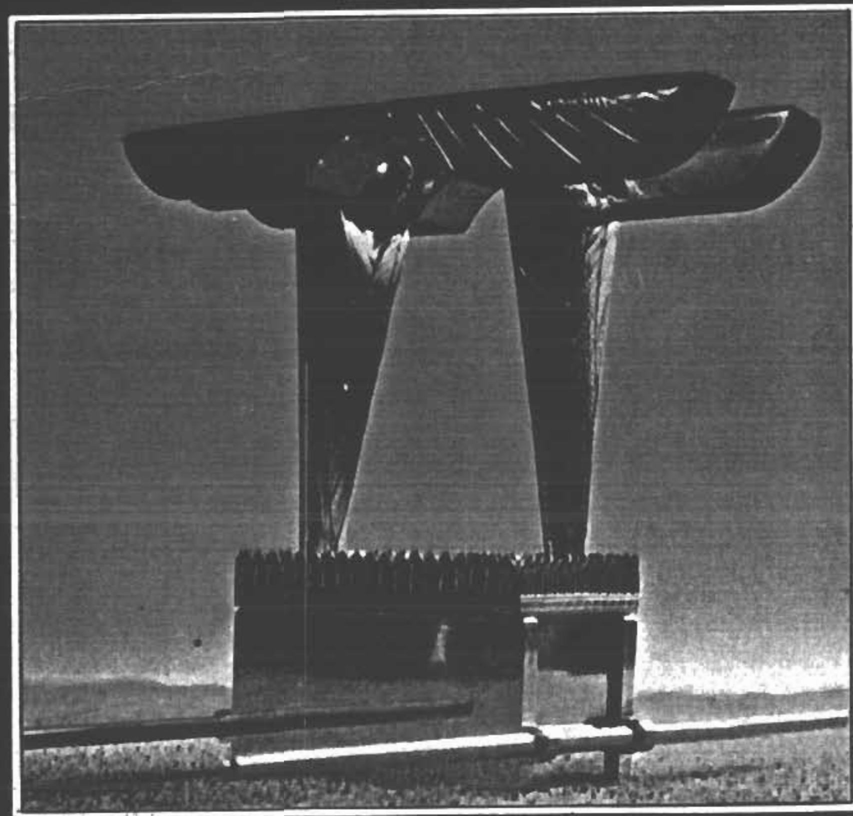
No desdeñemos, pues, el método didáctico que Dios empleó para enseñar al pueblo judio la grandeza de su plan redentor en la persona de Jesucristo, que han admirado y admirarán por la eternidad los hombres y los ángeles.

Clasifíquese: Estudio Bíblico
Ref. 220231



CRISTO EN EL TABERNACULO SIMPSON CLIE

CRISTO EN EL TABERNACULO



A.B.Simpson

A. B. SIMPSON

CRISTO EN EL TABERNACULO



Libros CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

CRISTO EN EL TABERNACULO

Versión española: Samuel Vila

Depósito Legal: B. 17.832 - 1988
ISBN 84-7228-706-8

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 265 S.G. - Polígono Industrial Can Trias,
calles 5 y 8 - VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Indice

Dos codos 18" - 36" longitud
Dos y medio codos 45-

Capítulo I

EL TABERNACULO COMO TIPO DE CRISTO

«Jehová habló a Moisés, diciendo: "Di a los hijos de Israel que tomen mi ofrenda; de todo varón que la dé de su voluntad, de corazón, tomaréis mi ofrenda. Esta es la ofrenda que tomaréis de ellos: oro, plata, cobre, azul, púrpura, carmesí, lino fino, pelo de cabras, pieles de carneros teñidas de rojo, pieles de tejones, madera de acacia, aceite para el alumbrado, especias para el aceite de la unción y para el incienso aromático, piedras de onice, y piedras de engaste para el efod y para el pectoral. Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos. Conforme a todo lo que yo les muestre, conforme al diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis.

»Harán también un arca de madera de acacia cuya longitud será de dos codos y medio, su anchura de codo y medio, y su altura de codo y medio."» (Exodo 25:1-10.)

El tabernáculo es el mayor de todos los tipos de Cristo que se hallan en el Antiguo Testamento. Era todo él una gran lección objetiva de verdades espirituales. En sus maravillosos muebles,

sacerdocio y culto vemos, con una claridad que no hallamos en ninguna otra parte, la gloria y la gracia de Jesús, y los privilegios de su pueblo redimido. Y así como podemos entender el edificio que el arquitecto va a construir en sus planos, mejor aún que mirando al edificio sin ellos, lo mismo, en este modelo, podemos entender mejor que en parte alguna, este glorioso templo del cual Cristo es la piedra angular, y nosotros, como piedras vivas, estamos edificados en Él, una casa espiritual, un sacerdocio santo, para «ofrecer sacrificios, aceptable a Dios por medio de Jesucristo».

I

LA FORMA Y LA ESTRUCTURA DEL TABERNACULO

El tabernáculo era una estructura oblonga que medía unos 45 pies de largo, quince de ancho y quince de alto (o sea, 13,5 m × 4,5 m × 4,5 m), algo mayor en tamaño y proporciones que una gran sala de estar de una casa o vivienda corriente. Estaba construido de madera de acacia, material muy resistente, con cubiertas de oro, unidas por espigas de plata, latón, etc. Estaba cubierto con tres capas de pieles y guarnecido interiormente con cortinas que tenían figuras simbólicas bordadas, todo ello de gran hermosura y significado espiritual. En el exterior estaba cubierto por un techo de pieles de tejones, para protejerlo de las inclemencias del tiempo. La forma exacta del techo no ha sido dilucidada; algunos creen que estaba enbreado y era inclinado, otros que formaba un arco y otros que era plano.

El Tabernáculo estaba dividido en dos cámaras desiguales por una cortina magnífica llamada el velo. La cámara interior era un cubo perfecto, cuyo lado medía quince pies (4,5 m). Contenía el arca de la alianza (o del pacto) sobre la cual había el propiciatorio. Este era su cubierta, y consistía en una lámina sólida de oro. Luego, sobre el propiciatorio había dos querubines de oro, figuras simbólicas, que representaban los rostros de cuatro formas típicas de criaturas: el buey, el águila y el león; mientras que entre las alas de estos querubines, que extendidas, se tocaban, brillaba el Shekiná, o sea, la gloria visible divina, una nube luminosa de resplandor trascendente, la cual quizá se levantaba y expandía en la columna de nube y fuego que se cernía sobre el Tabernáculo y dirigía la marcha de Israel. Esta cámara se llamaba el Lugar Santísimo, la cámara de la presencia especial de Dios y el trono de gracia y gloria. Nadie podía entrar en ella, excepto el sumo sacerdote, y aun sólo una vez al año.

La otra cámara era dos veces mayor, medía quince pies por treinta (4,5 m × 9 m) y era llamada al Lugar Santo. Estaba abierta sólo al sacerdote que ministraba, no al público; estaba separada del patio externo por una puerta, una cortina, también de azul, púrpura y escarlata, que sólo los sacerdotes lavados y consagrados podían cruzar. Sus utensilios y muebles eran: el candelero de oro, que era su única luz, pues no había ventanas; la mesa para el pan de la proposición, cubierta con doce panes con incienso encima y que habían de ser comidos por los sacerdotes y renovados cada sábado; y el altar de oro para el incienso, con su incensario, en el que se ofrecía incienso continuamente. Una vez al año, en el gran día de la Expiación, el sumo sacerdote, con el in-

censario de oro lleno de brasas de fuego e incienso humeante en sus manos, pasaba detrás del velo, entrando sólo en el Lugar Santísimo, y allí había expiación para el pueblo en la presencia inmediata de Dios.

Rodeando al Tabernáculo había un patio, un recinto de ochenta y siete pies por ciento setenta y siete (2,6 m × 5,3 m), con una abertura en el lado de oriente, llamada la puerta. El pueblo podía entrar en este atrio.

En este atrio había dos objetos de culto. Cerca de la puerta estaba el altar de bronce para los sacrificios. En este altar se quemaban los sacrificios, se rociaba la sangre y el fuego seguía quemando constantemente, del que se tomaba para el altar del incienso. Todas las partes del Tabernáculo tenían que ser rociadas con sangre de este altar. Era el único camino de acceso a la presencia de Dios. Más allá estaba la pila de bronce, una gran fuente de bronce, quizá pulimentada exteriormente, que formaba al mismo tiempo un espejo y una fuente, hecho de los espejos de metal de las mujeres de Israel, que permitía a los sacerdotes ver, al momento, si había alguna suciedad en el metal y así podían lavarla con el agua que contenía. Era para la purificación de los sacerdotes cuando entraban en el santuario, y nadie podía pasar por la puerta hasta que se lavaba en esta fuente. Esta puerta del recinto estaba siempre abierta. No tenía cortinas como las dos puertas interiores. Todos podían entrar libremente en los atrios y traer sus ofrendas por el pecado y la inmundicia.

Fuera de la puerta estaba el campamento de Israel, formando un cuadro alrededor del Tabernáculo, con tres tribus a cada lado, la tribu de Juda al oriente, delante de la entrada o puerta

del Tabernáculo. Y más allá ardía continuamente el fuego en que se quemaban los cuerpos de las ofrendas del pecado, y los desechos del campamento.

Esta era la estructura simple y maravillosa, el primer santuario de Dios, y el tipo de todo lo que hay de sagrado y precioso en la persona y obra de Cristo, y los privilegios de nuestra vocación celestial.

II

LA ERECCION DEL TABERNACULO Y SU HISTORIA SUBSIGUIENTE

Hallamos dos relatos de la construcción del Tabernáculo en el libro del Exodo. Primero tenemos el Tabernáculo tal como fue planeado en el cielo y mostrado a Moisés en el monte, en un modelo (Exodo, caps. 25 al 31). Este es el tipo de Cristo designado desde la eternidad en los consejos del divino amor, nuestro Redentor, preparado para nosotros desde la fundación del mundo, y revelado en tipos y profecías sucesivas, mucho antes de su encarnación y vida reales en la tierra. Moisés construyó el Tabernáculo según el modelo real que Dios le mostró durante los cuarenta días en el monte. De modo que Cristo nació, vivió y murió en completo acuerdo con la imagen profética de revelaciones de épocas anteriores.

Luego en Exodo (caps. 32 y 33) hay un oscuro intervalo de dolor y rebelión, durante el cual el pueblo trasgredió el pacto en el cual acababan de entrar y demostró hasta la evidencia la necesidad de la salvación que Dios había estado preparando. Esto es el tipo de la caída del hombre,

y su fallo bajo la antigua dispensación. Cristo ya había sido provisto; pero el hombre tenía que sentir la necesidad de la salvación divina, por la experiencia real del pecado. Es conmovedor saber que, durante todo este período en que el hombre se estaba rebelando contra su Dios, el remedio estaba esperando en este modelo de gracia.

Luego, en el capítulo 34, llegamos a un segundo estadio en la historia del Tabernáculo, o sea su erección real, según el plan divino ya mostrado, y por medio de las ofertas voluntarias del pueblo y la habilidad y maestría de hombres que Dios había dotado para este propósito. Había dos hombres llamados a esta tarea de un modo particular, calificados por su talento dado por el Espíritu Santo en el arte sagrado, para ejecutar todos estos adornos simbólicos, y las mujeres de Israel estaban asimismo preparadas para proporcionar los costosos materiales. De modo que la construcción fue posible por medio de los dones sobrenaturales del Espíritu Santo, y por el plan divino que había sido revelado a Moisés.

Durante los cuarenta años en que los israelitas vivieron en el desierto, el Tabernáculo fue llevado de un sitio a otro por las fieles manos de los levitas, a quienes Dios había designado para este ministerio especial. Después de la entrada en Canaán, permaneció durante un tiempo en Gilgal, y después fue depositado en Silve, que pasó a ser el centro religioso del culto nacional durante largo tiempo. Durante el período de los Jueces, perdemos de vista el Tabernáculo, debido a la subyugación y humillación de Israel. Pero lo volvemos a encontrar en Nob, en las cercanías de Jerusalén, durante el reino de David. Finalmente, fue establecido en el Monte de Sión, por la piedad de este buen rey, donde permaneció hasta que

fue sustituido por el magnífico Templo de Salomón, el cual, sin embargo, fue sólo una edición más espléndida del mismo edificio, que contenía todas las características esenciales del Tabernáculo, sólo que con un grado más elevado de esplendor, tipificando con ello las glorias del futuro, como el Tabernáculo tipifica la gracia de Cristo y su redención.

III

SIGNIFICADO ESPIRITUAL Y COMO TIPO DEL TABERNACULO

El Tabernáculo fue planeado para representar y prefigurar las enseñanzas más importantes de las Escrituras con referencia: primero, a Cristo; segundo, a la Iglesia; y tercero, al cristiano como individuo. Vamos a considerar brevemente el Tabernáculo bajo estos tres aspectos.

Primero, como tipo de Cristo

La misma palabra Tabernáculo fue usada con referencia a Cristo en el primer capítulo del evangelio de Juan, versículo catorce: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó ("fue como un Tabernáculo" en el original) entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.»

Nuevamente, en el capítulo 9 de Hebreos, el apóstol, después de describir la estructura del antiguo santuario, lo aplica a la persona y obra de Cristo.

Los puntos de comparación son casi ilimitados. Entre ellos mencionaremos:

a) La localización del Tabernáculo, al que se entraba desde el campamento de Judá, sugiere el hecho de que Cristo nacería en la tribu de Judá.

b) Los materiales de los que el Tabernáculo estaba construido; es decir, madera resistente y oro puro, sugieren su perfecta humanidad por un lado y su suprema divinidad por el otro.

c) Los colores estaban constantemente mezclados en el Tabernáculo, dominando especialmente los tonos blancos, azules, rojos y púrpura, todos los cuales apuntan a cualidades suyas: el blanco, su pureza inmaculada; el azul, su origen celestial; el rojo, sus sufrimientos y su muerte; el púrpura, su gloria real.

d) La sencillez externa en contraste con la gloria interna del Tabernáculo: las pieles de tejones fuera, y el oro y el Sequina dentro, proclaman lo humilde del estado terreno de Jesús y sin embargo la hermosura y gloria de su carácter y su presencia interior, como se revela en el alma que permanece en El.

e) El contraste entre el Tabernáculo y el templo, el uno, una tienda movediza, expuesta a constantes vicisitudes y humillaciones, el otro combinando toda la gloria de tierra y cielo, nos sugiera la vida terrena de nuestro Señor y su exaltación y gloria real en el reinado milenial.

f) El hecho de que el Tabernáculo fuera el lugar en que Dios se manifestaba a Israel, y el lugar en que se revelaban los símbolos de su presencia inmediata, nos recuerda a Aquel que es la imagen y manifestación de Dios y cuyo mismo nombre: «Emmanuel», significa «Dios con nosotros».

g) El Tabernáculo era el lugar en que Dios se reunía con Israel. Sus propias palabras son: «Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla

cualquiera a su compañero.» (Exodo 33:11). Y así el Señor Jesucristo es el único camino de acceso al Padre y de la comunión con el cielo. «Si alguno me ama, mi padre le amará, y vendremos a él y haremos en él morada.»

h) El Tabernáculo era el lugar del sacrificio. Su espectáculo más vívido era el gotear y rociar de la sangre, y nos habla en todos sus aspectos del sacrificio de Cristo.

i) No sólo era el lugar del sacrificio sino el lugar para la purificación; la sangre expiaba las manchas de la inmundicia y el agua las lavaba. Así, también «Cristo es la fuente para lavar el pecado y la inmundicia». El se dio a sí mismo por la Iglesia, para que pudiera santificarla y purificarla por el lavamiento de agua y por la Palabra, y purificarla para sí, una iglesia sin mancha ni arruga.

j) El Tabernáculo era el lugar en que los culpables podían libremente ir al altar de la expiación. Y Jesucristo es la propiciación no sólo por nuestros pecados sino por los pecados de todo el mundo.

k) El Tabernáculo tenía cámaras interiores. Y esto nos habla de la vida más profunda, y de las bendiciones más plenas en que pueden entrar aquellos que quieren permanecer en Cristo. «Yo soy la puerta —dice—, he venido para que tengáis vida, y para que la tengáis en abundancia.» El es nuestra vida, nuestro pan, nuestra luz, nuestro altar de oración, nuestro velo abierto con acceso incluso a la misma presencia del santo Dios.

l) El Tabernáculo era el lugar en que se guardaba la ley en el interior del arca, siempre rociada por la sangre que proclamaba la aceptación del pecador. Y lo mismo Jesús guarda por nosotros la divina ley, luego la guarda en noso-

tros, revistiéndonos de su vida y su presencia, y siendo con ello nuestra perfecta justicia.

m) Los querubines de gloria del Lugar Santísimo eran tipos de la exaltada gloria de Cristo, de su humanidad coronada por la fuerza del buey, la majestad del león, y la elevación del águila en su vuelo. Todo esto es una garantía de nuestra gloria futura.

Todo esto y mucho más vemos en esta antigua lección objetiva respecto a aquel de quien recibieron Moisés y los profetas, y que El vino a cumplir, El mismo, con una plenitud que nos permitirá entender aún más plenamente cada detalle de este modelo.

Segundo: El Tabernáculo como tipo de la Iglesia

Lo que es verdadero respecto a Cristo, la Cabeza, es verdadero también de su cuerpo, la Iglesia. Entre otros puntos de instrucción que nos sugiere el Tabernáculo a este respecto, podemos notar:

a) Como el Tabernáculo, la Iglesia ha sido planeada por Dios mismo, y no es en ningún sentido una institución humana. Debe ser organizada, constituida, edificada y equipada en todos los aspectos según la pauta que Cristo nos ha mostrado: «Enseñándoles a observar todas las cosas que os he mandado.»

b) La Iglesia requiere la misma divina unción por medio del Espíritu Santo, para los que, como Bezaleel y Aholiab, los artífices del Tabernáculo, están ocupados en su edificación espiritual, no con dones intelectuales, sino con sabiduría del Espíritu Santo y revestimiento de su poder.

Sólo estos pueden conseguir resultados definitivos y eternos, y todo lo demás se marchitará y será arrebatado por las ráfagas ardientes el día de la gran prueba.

c) La Iglesia, como el antiguo Tabernáculo, debe tener su principal hermosura dentro, no en costosas decoraciones, sino en la gloria de Dios que mora en ella y en la presentación de un Salvador crucificado y que quita el pecado. Sin esto, sólo puede ser lo que era el templo de Israel cuando su Señor y el Sequina lo abandonaban y venían huestes enemigas destructoras a sangre y fuego. Sin ellos se les puede decir: «Vuestra casa os ha sido dejada en desolación», o como la Iglesia de Laodicea que por no ser ni fría ni caliente, «la iba a vomitar de su boca».

d) Como el antiguo Tabernáculo, la Iglesia debería tener sus cámaras internas, para la enseñanza más profunda y la comunión más íntima, en el Lugar Santísimo, a la luz del séptuple candelero de la verdad y la mesa del pan celestial; mientras que la dulce fragancia del altar de oro llena el lugar con fragancia del cielo, y el velo rasgado nos revela y abre ante nosotros la visión de las cámaras celestiales, en que resplandece el Sequina de su presencia.

e) Como el antiguo Tabernáculo, la Iglesia debería ser depositaria de la luz de la verdad y el pan de vida, la luz del mundo y la mayordomía de los misterios de Dios.

f) Como el antiguo Tabernáculo y el Templo la Iglesia tiene su vida terrenal y celestial, el período de peregrinaje y vicisitudes en el desierto, pero también la perspectiva de una gloria mayor que la del templo de Salomón, cuando el Cordero reunirá a sus redimidos en el Monte de Sión, y el universo contemplará las glorias de la Nueva Je-

rusalén, preparada como una esposa ataviada para su marido.

Tercero: El Tabernáculo como tipo de la vida cristiana.

Lo que es verdad de Cristo, es verdad en una medida individual, de cada uno de nosotros. «Como El es, así somos nosotros en este mundo.» No temamos, pues, reclamar la plenitud de nuestra gran salvación.

Condenación

El primer capítulo en la existencia de todo cristiano es oscuro, el triste capítulo de la condenación. Esto quedaba claro en el antiguo campamento de Israel, por medio del fuego que ardía continuamente, sugiriendo la ira de Dios revelada desde el cielo contra toda la injusticia de los hombres. Este fuego consumía las ofrendas por el pecado que habían sido trasladadas allí, y debe asimismo consumir a todos aquellos cuyos pecados no han sido transferidos a un holocausto u ofrenda para ser quemada. Si El, en el lugar del pecador, sufrió con este rigor, ¿cómo escaparemos nosotros si nos atrevemos a presentarnos delante de Dios cubiertos con nuestra culpa y corrupción? «Si hacen estas cosas al árbol verde, ¿qué harán al seco?» Nuestro Señor no ha apagado este fuego sino que lo ha dejado ardiendo fuera de la puerta del Evangelio para todo aquel que le rechaza. «El que no cree ya está condenado.» «El que no cree en el Hijo no verá la vida; mas la ira de Dios está sobre él.»

Salvación

El siguiente estadio en la vida del creyente es la salvación. Entramos ahora por la puerta y nos hallamos en el atrio. Podemos entrar libremente. No hay ningún obstáculo, ni aun una cortina. Nos apresuramos a entrar y nos quedamos delante del altar humeante que nos habla de la cruz y de la sangre por medio de la cual tenemos redención del pecado. Colocamos la mano sobre la cabeza de la víctima sacrificada y somos hechos partícipes de la gran expiación.

Luego el lavatorio nos habla del Espíritu Santo cuyo poder regenera y limpia al alma del pecado; y nos lavamos en su fuente, y con ello estamos autorizados a entrar en la presencia interior, y en la más íntima comunión del Lugar Santo.

Consagración, comunión

El Tabernáculo nos habla también del próximo estadio o nivel de la experiencia y vida cristianas —la comunión, consagración, santificación y compañía permanente con Cristo—. La cámara interior, que se halla detrás del atrio abierto es sólo para los sacerdotes de Dios. ¿Cómo, pues, podemos atrevernos a entrar? Gracias a Dios todos hemos sido admitidos al lugar del sacerdocio, si somos aceptados por «Aquel que nos amó y limpió nuestros pecados con su sangre. Y nos hizo reyes y sacerdotes para con Dios». No unos pocos, sino que «todos son un real sacerdocio, una nación santa, un pueblo escogido». De modo que podemos atrevernos a entrar, pero no hasta que hayamos sido lavados en aquel lavatorio, y hayamos sacrificado ante el altar. Hemos de aceptar su san-

tificación y su gracia justificadora. Incluso a Pedro, que había sido lavado, esto es, justificado, Cristo le dice: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.» Aunque ahora tenemos libertad por la sangre de Jesús para entrar incluso en el Lugar Santísimo, hemos de hacerlo «con los corazones purificados de mala conciencia, y los cuerpos lavados con agua pura». Así, divinamente limpiados, «acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de la fe». Nuestro gran Sumo Sacerdote está dentro y nos dice con dulzura: «Yo estoy a la puerta; el que por mí entrare será salvo, y entrará y saldrá, y hallará pastos.»

¡Qué pastos! Hay el candelabro de siete brazos que nos habla de Cristo y del Santo Espíritu, con su luz perfecta; la luz de la verdad; la luz que le revela a El; la luz de la visión celestial; la luz que nos da vista y luz al mismo tiempo a nuestros ojos embotados; la luz que da guía y dirección en medio de las perplejidades de la vida y su continua presencia y su voz como pastor, así como puerta; y la luz que brillará por medio de nosotros, como la luz de los hombres.

¡El pan de la vida! La mesa con sus doce panes, uno para cada uno de nosotros, hechos del trigo más fino, renovados cada Sábado. No sólo pan sino incienso como miel del panal, toda la dulzura de sus consolaciones, así como la fuerza de su vida. El pan que nutre al alma y al cuerpo y su vida. El pan que nutre al alma y al cuerpo y se vuelve nuestra vida y sustento perfectos. Luego, no sólo hay el pan, sino todo lo que va implicado en el altar del incienso. Este incluye todo lo que se relaciona con la vida de oración y comunión con Dios por medio de Jesucristo. Este incienso, junto con el aceite de la unción, era lo más sagrado en todo el Tabernáculo. No podía ser imitado por el arte humano, sino consagrado san-

tamente para el servicio de Dios tan sólo. Estaba compuesto de muchos ingredientes, algunos de los cuales, se nos dice, eran machacados muy menudos, y luego era quemado con especias aromáticas en el altar del incienso (Exodo 30:33-34).

Y así el espíritu de oración debe nacer de arriba, y no puede ser imitado ni falsificado por ningún esfuerzo humano. Brota de la combinación de todas las circunstancias de la vida y las cualidades de nuestro carácter cristiano. Es la flor de la piedad, la fragancia del corazón, destilado cual perfume, delicado, puro y celestial más allá de toda ponderación. No hay nada que no pueda entrar por ser demasiado pequeño y ser parte del mismo. El incienso de la oración puede ser desmenuzado en partículas mínimas, y procede de las mil pequeñeces de nuestra vida que nosotros consagramos a Dios para que sean un sacrificio de suave olor. Todas nuestras tribulaciones y ocupaciones, colocadas en este altar de oro, se vuelven para él, como fragancia de primavera, como el aliento del incensario de Aarón; y El los atesora en el cielo como «frascos llenos de olor, que son las oraciones de los santos». Pero, para que sean de divina fragancia deben ser encendidos por el Espíritu Santo, el verdadero Intercesor y Abogado en la tierra, como Cristo es el Abogado arriba, haciendo intercesión «por nosotros con gemidos indecibles».

El suave incienso del Lugar Santo penetra a través del velo y llena el Lugar Santísimo. Y así el espíritu de oración hace uno de la tierra y del cielo. El altar se hallaba a la misma entrada de la cámara interior, de modo que cuando nos hallamos arrebatados en comunión con Dios, estamos a la misma puerta del cielo y casi dentro del velo. Podemos oír las voces y captar el aliento de estas

cámaras interiores. Felices aquellos que habitan así junto a El, en la atmósfera de una comunión y paz incesantes. El lugar más difícil será fragante, como olor del cielo y el punto más solitario, un pequeño santuario en que el cielo parecerá rodearnos con toda su protección todopoderosa, su bendita compañía y su gozo inexplicable.

Gloria

La cámara más interna del Tabernáculo hebreo era el Lugar Santísimo. Nos habla del cielo, de la presencia inmediata de Dios y de la gloria que nos espera cuando hayamos sido transportados al más allá. Nos habla de un cielo no lejano, invisible, sino cerca y abierto. El velo ha sido rasgado en dos de arriba a abajo, y el Santísimo esparce su luz y su gloria por todas partes alrededor nuestro, incluso aquí; de modo que el cambio no es un cambio muy notable en la compañía, aunque pueda serlo en la localización. Esta cámara interior nos habla de un lugar en que nuestras oraciones pueden entrar ahora en suave incienso y ser aceptadas en su nombre. Nuestros ojos pueden mirar a través del velo, y ver el cielo abierto, y a Jesús de Pie a la diestra de Dios. Allí la sangre rociada sobre el propiciatorio está rogando por nosotros, y pidiendo nuestra aceptación perfecta y perpetua. Allí hay el arca, dentro del velo, con la ley no quebrantada en su seno, el símbolo de la perfecta justicia que compartimos con El, y en la cual somos aceptados en El, incluso en la presencia inmediata de Dios. Allí hay los querubines de gloria modelos de la dignidad y realeza que nuestra humanidad redimida ya ha alcanzado en Cristo, su ilustre Cabeza, y que compartiremos en toda su plenitud cuando El aparezca. Al mirar en

este lugar, sabemos que nuestros espíritus también seguirán y que estaremos donde El está. «Los pies que vacilan y tiemblan entrarán por las puertas de día» y el mismo cuerpo de nuestra humillación será como El, cuando aparezca, y seremos cambiados a la imagen del «cuerpo de su gloria».

Y todo esto lo tenemos incluso aquí, no sólo en visión y esperanza, sino en anticipo.

De lo santo a lo santísimo,
A esto llega nuestro espíritu,
Y el que sigue sus pisadas
Le recibirá en los cielos.

IV

LA UNCION DEL TABERNACULO

Después de haber sido totalmente terminado, según el modelo que fue mostrado a Moisés en el monte, fue dedicado a Dios de modo solemne, y toda la tienda y sus muebles y utensilios fueron ungidos con aceite, preparado de modo especial según las instrucciones divinas, y consagrado para este propósito exclusivo, y luego la manifestación de la divina presencia apreció sobre el mismo. La columna de nube extendió sus cortinas encima, y la gloria del Sequina ocupó su lugar entre los querubines y llenó el tabernáculo por completo, de modo que ni aun Moisés pudo entrar en el Santísimo. Moisés había obedecido de modo simple y perfecto las instrucciones divinas, y ahora Dios aceptaba su obra y ponía su sello encima. Esto era simbólico de la unción de Jesucristo con el Espíritu Santo, y la misma unción que viene a todo corazón consagrado cuando ha obedecido las ins-

trucciones divinas, y se ha presentado en sacrificio vivo a Dios. Dios llenará esta alma, hasta que no habrá lugar en ella para el yo y el pecado. Este es, sin duda, el verdadero secreto de la santificación y la autocrucifixión; el poder expulsivo del Espíritu Santo y la divina Presencia son los únicos verdaderos antídotos del poder de Satán y del yo.

A partir de entonces el Tabernáculo pasa a ser el asiento y centro de la manifestación divina. Observamos, pues, tres estadios en la presencia manifestada de Dios en el Exodo; a saber, la columna de nube y de fuego que iba delante; la presencia en el monte; y ahora, la presencia de Jehová en el Tabernáculo. Seguimos estos tres estadios en el Antiguo Testamento: primero, el espíritu de Dios como se manifiesta en la dispensación patriarcal; segundo, la revelación de Dios bajo la ley; y tercero, la revelación de Dios en Cristo, el Verdadero Tabernáculo. «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras, en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado en el Hijo, a quien designó heredero de todo, por medio del cual hizo también el universo»; de aquí que hallamos a Dios en el primer versículo de Levítico, hablando a Moisés ya no desde el monte o la nube, sino desde el Tabernáculo. Así también hallamos en Cristo la presencia y guía continua de nuestro Dios del Pacto. «Si alguno me ama», dice Cristo, «guardará mis palabras, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos en él morada.» Hagamos lo que hizo Moisés, entreguémonos total e implícitamente a la voluntad divina, ofrezcámonos como propiedad a Cristo, y seremos poseídos y llenos de una gloria tan divina como el Sequina, y tan duradera como la vida y amor de Dios.

A partir de ahora, este suceso, el levantar el Tabernáculo y ungirlo, es una piedra miliaria en el tiempo. Fue el comienzo del segundo año de su historia nacional, y fue el primer día del primer mes. El primer año había empezado con la Pascua, pero este suceso empieza la nueva gran era de su existencia.

Y lo mismo, a partir del momento en que el alma es dedicada y ungida por el Espíritu Santo empieza una era eterna en su historia, tan importante como la hora de su nuevo nacimiento, el comienzo de meses y años, a partir de los cuales deben ser medidas todas las experiencias y esperanzas. ¿Hemos entrado en este segundo año? ¿Hemos empezado, como ellos, con el sacrificio de nuestro ser en obediencia implícita sobre el altar de Dios?

¿Hemos recibido el fuego del cielo, el Consolador permanente, que a partir de entonces nos habla, no desde el cielo, ni aun desde tablas de piedra, sino desde las cámaras internas de su santuario en nuestro corazón?

Capítulo II

EL ALTAR Y LA SANGRE

«Harás también un altar de madera de acacia de cinco codos de longitud, y de cinco codos de anchura; será cuadrado el altar, y su altura de tres codos.» «Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona.» «Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual os fue transmitida por vuestros padres, no con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.» (Exodo 27:1; Levítico 17:11; 1.ª Pedro 1:18, 19.)

Esta es una breve descripción del altar de los holocaustos en el antiguo Tabernáculo. Era el primer objeto que se notaba al entrar en el atrio de este antiguo santuario, puesto allí dentro, y accesible a todo el pueblo. Era un marco grande de madera, cubierto de bronce, bastante grande para sostener toda ofrenda que pudiera ser colocada encima. Había fuego ardiendo en él constantemente y el sacrificio era renovado cada día, siempre ardiendo, siempre humeante, siempre con sangre, siempre abierto a todo hebreo culpable que quisiera acercarse a él.

Estaba relacionado con el interior del Tabernáculo de modo que todo aquel que entraba en el Lugar Santo tenía que pasar por su lado y tomar sangre de sus sacrificios, a fin de poder ser aceptado dentro. Todo lo que había en el Lugar Santo tenía que ser rociado con la sangre, y el mismo sumo sacerdote, cuando entraba en el Lugar Santísimo, tenía que llevar esta sangre, pues de lo contrario habría perecido al instante. De modo que tenía una parte muy importante en el culto del santuario.

1. Su lugar a la entrada del Tabernáculo nos enseña que el sacrificio de Cristo, del cual el altar es tipo, se halla a la misma entrada de todo acceso a la comunión con Dios.

2. Además, la relación que tenía con las cámaras internas del santuario, y por el hecho de que su sangre era necesaria para poder entrar en el santuario interior, muestra que la sangre de Cristo es el único pase que permite la entrada a la presencia de Dios, sea en la tierra o en el cielo; y que con él, hemos sido aceptados, sea en la tierra o en el cielo, a la misma presencia de Dios.

3. Era accesible al más alto y al más bajo, a toda clase de gente. Esto indica la plenitud y gracia de la gran expiación que Cristo hizo por los pecados de todo el mundo, suficiente para todos, aunque efectiva sólo para aquellos que creen.

Estas son las lecciones principales del altar. Podemos añadir que no había nada ornamental en él; era sencillo, sin pretensiones, y de aspecto raro; hecho de bronce, para sostener las cargas más pesadas, y la cantidad de sangre que lo llenaba, y los fuegos incesantes que ardían en él.

Era un lugar de sufrimiento, de sangre, y llevaba la marca constante del pecado. Lo mismo la Cruz del Calvario, la muerte de Cristo y toda la doctrina de la expiación no tiene nada de sentimental. La cultura del hombre no la aprecia; la filosofía del mundo de buena gana se libraría de ella. Pero, Dios ha hecho que su pueblo aprecie la preciosa sangre de Jesucristo por encima de todo valor, honor y amor.

Pero dejando este interesante objeto pongamos la mirada en aquello de que este altar era la expresión enfática: la SANGRE, este emblema que se ve en todo el Tabernáculo y en el altar, que hallamos en todos los tipos. Hablemos de siete lugares en que hallamos se hace énfasis particularmente sobre la sangre.

I. Primero, hallamos la sangre en los postes de las casas de los hijos de Israel. La hallamos rociada sobre los postes y el dintel de las puertas aquella noche en que escaparon de la muerte por el ángel destructor; la sangre que los dejó a salvo. Esto significa, pues, la sangre redentora. Tu vida fue librada de la muerte, pero El te redimió y te puso su marca de compra sobre la cabeza. «Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir, poder, y riquezas, y sabiduría, y fuerza, y honor, y gloria y bendición.» El nos ha redimido; El me ha comprado personalmente a mí y te ha comprado a ti. Cuando me lo recuerdo, mi corazón se parte al pensar que El vio mi desgracia y me recibió y tomó mis responsabilidades, sufrió por mí, me amó individualmente, y con su misma sangre me rescató de las cadenas y castigo del pecado.

II. Segundo, vemos esta sangre en el altar. Es sangre derramada, esparcida; es sangre que empapa la tierra; es la sangre de la expiación. La sangre de la puerta era sangre redentora. La sangre del altar es sangre expiatoria. Con esta palabra quiero decir que te limpia la culpa, sangre que paga tu pena, sangre que cumple tus obligaciones,

muerte en vez de tu muerte, vida dada en vez de mi vida y de la tuya. Tiene el significado de expiación y propiciación. Cristo es la propiciación por nuestros pecados. El llevó nuestra culpa y castigo y nosotros hemos quedado libres.

III. En tercer lugar, vemos la sangre en el leproso. Hallamos la imagen del leproso, especialmente en Levítico 14, este objeto espantoso de inmundicia y tipo del pecado. Vemos que es llevado al sacerdote; vemos que se esparce la sangre sobre él; vemos que la sangre del ave ofrecida toca su oreja, su mano, su pie, y es señal de que ha sido limpiado por la sangre. Por tanto, tenemos sangre que redime, expía y limpia. «La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.» Nos cura de la lepra espiritual, nos limpia las manchas; pone vida nueva en nuestro ser, excluye la vieja, como cuando las hojas de la primavera echan las del otoño ya secas. De la misma manera que la nueva sangre en el cuerpo elimina la carne mortificada, y cura la herida, y hace que la costra de corrupción desaparezca; del mismo modo la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado y nos mantiene limpios. Queridos amigos, ¿es esto así con vosotros? Este asunto de la sangre no es nada si se considera como una teoría o es sólo una idea en vuestra mente. Lo es todo, sin embargo; es vuestra vida. ¿Podéis decir?

¡Preciosa sangre que Jesús
Derramó en la cruz por mí,
En esta cruz veo por fe
Que esta sangre es para mí!

IV. Vemos también la sangre sobre el libro del pacto. Se nos dice en el libro de Levítico que Moisés había de tomar el Libro de la Ley y presentarlo delante del pueblo; tenía que rociar el Libro con sangre, y los mismos mandamientos tenían que ser tocados con las gotas, que eran el tipo de la sangre de Jesús. ¿Qué significa esto? Significa que es la sangre del pacto; que sella el pacto; que garantiza las promesas; que responde por nuestros fracasos; que nos asegura las bendiciones. La sangre de Jesús está en tu Biblia, en los mandamientos, en todas tus promesas. Hermano, no hay promesa en esta Biblia que puedas reclamar que no haya sido tocada por la sangre de Jesús, confirmada por ella, comprada por ella.

V. De nuevo hallamos la sangre en los sacerdotes, y los utensilios del santuario. Estaban dedicados a Dios por la sangre. El pulgar derecho, la oreja derecha y el dedo gordo del pie de los sacerdotes eran tocados con la sangre. De modo que la sangre nos consagra, y nos redime y expía nuestros pecados; como ponía aparte el Tabernáculo y al sacerdote, nos pone aparte a ti y a mí. No podemos decir que seamos dueños de nosotros mismos. Si nos atreviéramos a ello, tendríamos que sonrojarnos caso de ser sinceros, y mirando al cielo tendríamos que decir: «Tú me has redimido, querido Padre, y ahora voy a hacer lo que me parezca bien a mí.» El mismo conocimiento de que has sido redimido de la muerte te hace comprender que todo lo que eres, tienes o haces pertenece a Cristo. «No sois vuestros; comprados sois por precio.» De modo que pon tu oído y conságralo para oír sólo a Dios, tu pulgar ponlo a obrar sólo para Dios, y tu pie debe andar sólo donde Cristo anduvo.

VI. Hallamos también la sangre en el propiciatorio, dentro de las sagradas cortinas, en la cubierta de oro, en el Lugar Santísimo, bajo las alas resplandecientes de los querubines y la gloria del

Sequina; allí estaba la sangre, en el lugar más sagrado de todos.

El sumo sacerdote la entraba allí en el Día de la Expiación, y rociaba con ella delante de los mismos ojos de Dios, el propiciatorio, y la sangre permanecía allí suplicando por el pueblo, como tipo de la preciosa vida de Cristo. Porque la sangre es la vida que El no sólo depuso en la tierra, sino que la llevo al cielo, y que ahora ofrece allí a los pies de Dios. El ha presentado esta sangre a Dios como el precio de la redención del hombre, y ruego por nosotros constantemente ante el trono. De modo que los cielos están dedicados con la sangre como la tierra, y en este momento, la sangre de Jesús está hablando allí por ti, con tanto vigor como en la tierra hace casi dos mil años. Esto podría expresarse como la sangre suplicante. Es la vida de Cristo; es la muerte de Cristo; es el gran amor de Cristo; son los méritos de Cristo, para nosotros, para siempre, suplicando por nosotros para que nosotros podamos pedir según su voluntad.

Durante la guerra franco-prusiana, en uno de los regimientos en que la disciplina era más estricta, uno de los soldados había desobedecido las órdenes recibidas y había sido sentenciado por un consejo de guerra a ser fusilado. Se hallaba en agonía mental al irse acercando el momento de su ejecución. El capellán trató de hablar con él. «¿Estás preparado para morir?» «No —le contestó el soldado—. No estoy preparado, pero esto no me preocupa. Pienso en mi esposa y los hijos, en su futuro y el recuerdo que tendrán de mí, su miseria y su pena, por lo que no puedo pensar mucho en mi alma». En este regimiento había un cristiano ya de edad. El caso le afectó mucho y presentándose ante el comandante y el capellán les

dijo: «Yo no tengo esposa ni hijos; no tengo miedo a morir; al contrario, estaría contento de estar con mi Señor; dejadme morir en su lugar. Los dos hombres se quedaron estupefactos. «¿Lo dices de veras?» «De veras», les contestó el veterano. «Este pobre no está preparado para morir; sería su muerte eterna. Para mí sería trasladarme para estar con mi Dios, y estoy dispuesto a ir ahora. Dejadme tomar su lugar.» Un caso así no se había presentado nunca, y consideraron que no podían decidirlo. Se presentaron con el veterano al Príncipe de la Corona, que era todo un caballero. Este se sintió conmovido: «Eres un hombre valiente», le dijo al soldado. «Pero yo no tengo autoridad para hacerte matar a ti siendo inocente. Lo único que puedo hacer es perdonar al otro. Acepto el ofrecimiento de tu vida como si fuera la suya. Ya os podéis marchar.» ¡Qué luz vierte esta escena sobre lo que es la expiación! Hubo uno que tenía el derecho de derramar su sangre, y cuya vida fue entregada. Y ahora su sangre ruega por nosotros. Es esta vida noble la que sustituye a la del pecador. Y Cristo, descendió al mundo, anduvo por él para cumplir la ley, y para mostrar a la raza perdida a guardar los mandamientos. Ahora sus méritos piden en favor del indigno pecador. Y se le representa en el libro del Apocalipsis como «el Cordero que fue inmolado». Es por esto que el pecador puede reclamar todas las promesas. Es por esto que el pecador puede reclamar todas las promesas. Es por esto que la fe puede reclamar todas las cosas en su nombre.

VII. La sangre viva. Leamos algunas de las palabras de Cristo sobre esto. «El que bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. El que bebe mi sangre, vive en mí y yo en él.» La sangre de Cristo es su vida. Es la vida

de nuestra alma; es la vida de nuestro cuerpo. Y no es meramente la muerte de Jesús por nosotros, sino el hecho de que hoy, todavía, Jesús tiene vida para impartírnosla en todo momento, como cuando se hace una transfusión y se pone la sangre de una persona en las venas de otra. Cuando el último emperador de Alemania fue afectado por cáncer de laringe un soldado ofreció su laringe al emperador. Los cirujanos declinaron el ofrecimiento. «Tu laringe no nos serviría, pues no sería un órgano vivo.» Gracias a su nombre El puede poner órganos vivos en nosotros; puede darnos su sangre. La sangre no es nada a menos que esté viva. «La vida está en la sangre.» Por ello Cristo hace tanto énfasis en la sangre. ¡Oh, que esta sangre fluya y vierta vida perfecta y constante en nuestras almas cansadas, en nuestro afecto frío, en nuestros propósitos flacos, nuestros nervios embotados. Hay vida en El, lo sé, pero sé también que hay que reclamarla constantemente y conservarla por medio de la confianza y comunión constantes.

Y así esta sangre viva y vivificadora es la vida de todo nuestro ser. Hemos visto la sangre en la puerta, la sangre redentora; la sangre en el altar, que era la sangre expiatoria; la sangre en el leproso, que era la sangre que lava; la sangre en el libro, que es la sangre del pacto; la sangre en el sacerdote, que es la sangre consagradora; la sangre en el propiciatorio, la sangre suplicante, y finalmente, la sangre que vivifica al alma y el cuerpo y nos guarda vivos y fuertes por medio de la vida que nos da su corazón. Que podamos hacernos eco de las palabras: «¡La preciosa sangre de Cristo!» Señor, enséñanos a entender su santo significado y decir: «Tu sangre es verdadera bebida.»

Capítulo III

EL AGUA

«Habló más Jehová a Moisés diciendo: Harás también una pila de bronce, con su base de bronce, para lavar; y la colocarás entre el tabernáculo de reunión y el altar, y pondrás en ella agua. Y de ella se lavarán Aarón y sus hijos las manos y los pies. Cuando entren en el tabernáculo de reunión, se lavarán con agua, para que no mueran; y cuando se acerquen al altar para ministrar, para quemar la ofrenda encendida para Jehová, se lavarán las manos y los pies para que no mueran. Y lo tendrán por estatuto perpetuo él y su descendencia por sus generaciones.» (Exodo 30:17-21.) *«Jesús le respondió: Si no te lavo, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros estáis limpios, aunque no todos.»* (Juan 13:8-10.)

La figura del agua es universalmente familiar, y representa uno de los elementos más necesarios en el universo físico. La hallamos en el vasto océano, comprendiendo con mucho, la mayor parte de la superficie de la tierra, y en los lagos y ríos, en el interior de los continentes que forman redes

hermosas y prácticas a la vez. La hallamos en el vapor de agua y en el rocío que se deposita sobre las plantas, preservándolas de la sequía en el verano. Los hallamos formando una gran parte de nuestro cuerpo, y todo lo que llamamos sólido y sustancial en el mundo. Es una figura de pureza y de frescor, de avivamiento y poder, de vastedad y abundancia. Sin ella no se podría mantener la vida ni un momento.

Y la hallamos también en la Biblia como uno de los símbolos más importantes de las cosas espirituales. Ya en el Edén había cuatro ríos que regaban el jardín y eran sin duda tipos de la gracia que la humanidad había de recibir. La hallamos de nuevo en la preservación de la vida de Agar y su hijo, suplida por un ángel. La hallamos cuando Moisés golpea la roca para los hijos de Israel, y vemos a los israelitas reunirse alrededor de la misma con cantos de alabanza y gozo. Aparece en el ministerio de Elías y de Eliseo. Devuelve la salud a Naaman, y salva a los ejércitos de Josafat de la destrucción. En la visión de Ezequiel tenemos la fuente de agua en que los inmundos se lavan y quedan limpios de sus idolatrías y vicios. Zacarías nos habla de una fuente abierta para el pecado y la inmundicia. Cuando llegamos al Nuevo Testamento, el bautismo de Juan era el símbolo por medio del cual fue introducido el ministerio del Señor y Cristo lleva esta figura más adelante al implicar en ella no sólo el arrepentimiento sino también la regeneración y la santificación. «A menos que un hombre sea nacido del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.» En su conversación con la mujer samaritana le dio una exquisita expresión. En el servicio de la fiesta de los Tabernáculos Jesús usó las vasijas en que habían vertido agua como símbolos del agua que

El daría, incluso ríos de aguas, que dijo fluirían del interior de aquellos que creyeran. De su propio costado fluyó agua y sangre, para sanidad de las naciones. Las epístolas del Nuevo Testamento están llenas de referencias a la figura del agua. Leemos una y otra vez de la pureza y limpieza que El trae al mundo. Y en el Apocalipsis aparece en la visión de la obra de la redención terminada, y el río de agua de vida. El libro termina con un magnífico pasaje que hace referencia a las figuras precedentes: «El que tenga sed venga; y el qne quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.»

Y así, el lavatorio, del cual hemos leído una descripción, se halla en el centro de una de las figuras más importantes de las Sagradas Escrituras. En el Tabernáculo, en todo el ceremonial del Levítico hay varios usos del agua. El sacerdote era separado por el lavamiento. El leproso tenía que ser lavado con agua, afeitado y rociado con sangre y ungido con aceite. Había también el agua de la separación con la cual los que habían tocado a un muerto eran limpiados antes de entrar en el Tabernáculo.

Este lavatorio o pila era el segundo utensilio en el Tabernáculo. Estaba formado con los espejos de bronce de las mujeres de Israel, las cuales los habían traído de la tierra de Egipto, quizá con vanidad que podía excusarse y sin darse cuenta que pertenecían a su vida anterior. Cuando el Señor los llevó al desierto, poco a poco, utilizó estos recuerdos de su antigua vida y los consagró para un propósito más elevado, como hizo con los materiales de que formó este lavatorio. Primero fueron fundidos y echados en un molde para formar la pila. Tenía dos codos de alto, y un cierto número de grifos o espitas que se abrían de la pila y el agua caía en un receptáculo. Leemos de la

pila con su pie; sin duda había receptáculos debajo par que no se perdiera el agua.

Consistía en tres partes, realmente. Primero había el espejo mismo, pulimentado tan finamente que los sacerdotes podían verse la cara en su superficie externa, como un espejo, para mirar si llevaban alguna mancha, no para contemplarse. Luego había la fuente de agua para lavarse, y finalmente los receptáculos al pie, donde podían lavarse si habían visto alguna mancha.

Este lavatorio se hallaba detrás del altar de las ofrendas, había de ser usado sólo por los sacerdotes, y esto tenía lugar al entrar en el Lugar Santo sin excepción. No se podía entrar ante la presencia de Dios con ninguna mancha. Tenían que lavarse antes de entrar y ofrecer su servicio. Tampoco podían ir al altar de bronce que había en el atrio, con sus ofrendas, sin haberse lavado en esta pila.

Ahora ya hemos visto el lavatorio; aprendamos sus lecciones.

1. Los materiales de los cuales estaba formado, y su uso como espejo para reflejar toda suciedad en los vestidos de los sacerdotes, nos sugiere la primera lección: esto es, que Dios ha provisto para nosotros en su palabra y en su espíritu medios por los cuales podemos descubrir nuestra suciedad e inmundicia, y no hemos de olvidar que ésta es una parte importante de las funciones del Espíritu. Toda la Escritura nos es dada como doctrina (esto es para enseñarnos) pero también «para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea apto y bien pertrechado para toda buena obra».

Dios espera que vayamos a El y que El pueda mostrarnos nuestros defectos y manchas y hemos de estar contentos de que podamos verlas, aunque

sea por medios penosos. El Espíritu Santo es el reprensor, que nos da un vivo sentido de lo malo; es como si el alma tuviera un sentido del olfato, una sensibilidad instintiva para el pecado, y lo echara rápidamente, aplicando la sangre de Jesucristo para limpiar de él hasta su sombra. Ahora, queridos amigos, tomemos el espejo de Dios para que nos muestre dónde fallamos. No nos metamos en la cabeza la idea de que somos infalibles e irreprochables, pues nos perderíamos estas lecciones. Estemos contentos, no de que hayamos hecho una equivocación, pero sí de que la equivocación nos haya mostrado algo en que podemos ser hechos más fuertes, cuando el pecado sea vencido. Demos gracias a Dios por este espejo pulimentado, como dice el Salmista: «Límpiame de faltas ocultas. ¿Quién podrá descubrir sus propios errores? Absuélveme de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de la insolencia que no se enseñoree de mí.» (Salmo 19:12 y 13.)

No te alejes de la Biblia porque proyecta luz que reprende tu alma. No te abstengas de la oración porque te da la sensación de indignidad y culpa, sino recuerda que el lavatorio, que muestra el pecado, es la fuente que lo lava.

2. Volviendo ahora la vista del lavatorio como espejo, considerémoslo como pila para lavar. El agua, en las Escrituras, es el símbolo principal del Espíritu Santo. La sangre nos habla del cordero; el agua lo hace de la paloma. Dios ha enviado a una persona especial que se ocupa de limpiarnos, purificarnos y mantenernos inmaculados con sus propias alas perfectas. A esta obra Dios ha dedicado una persona divina, el infinito y todopoderoso Espíritu, lleno de toda clase de recursos para esta tarea. Recordemos que es su ocupación principal; no le eres ninguna carga

cuando le presentas tu impureza. El ha sido encargado de cumplir la bendita obra de redención de nuestro Salvador Jesucristo. Cuán precioso es saber que esta Persona no está lejos en los cielos, sino presente en tu corazón, dispuesta a hacerse cargo de tu impureza, para limpiarlo hasta que no quede una mancha, del mismo modo que Jesús estuvo ante Pedro y los otros limpiándoles los pies con sus propias manos. Queridos amigos, el Espíritu Santo es el mensajero purificador para ti, que te trae el agua y el fuego que te dejará blanco como la nieve. Confía en El, obedécele; recíbele; y piensa que no tendrás excusa para tus fallos si no lo haces así.

Nuevamente, la figura del agua representa no sólo al Espíritu Santo, sino la Palabra de Dios, por medio de la cual obra generalmente el Espíritu de Dios. Vemos el agua empleada como símbolo no sólo del Espíritu Sanso, sino también de la Palabra: «Para que pueda limpiar la iglesia con el lavamiento del agua por la palabra.» «Ahora sois limpios por la palabra que os he hablado.» La palabra de Cristo es la corriente purificadora del Espíritu. «Santifícalos por medio de la verdad; tu palabra es verdad.» Primero nos muestra nuestra impureza, la ley de Dios, los mandamientos de Cristo. El sermón del monte, las mil instrucciones al servicio cristiano nos muestran en qué nos quedamos cortos; nos muestran el camino de la pureza. Pero esto no es lo mejor; nos dan también la promesa de la purificación por la cual podemos recibir y retener su gracia santificadora. Así que leemos: «Así que, amados, puesto que tenemos estas promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios» (2.ª Corintios 7:1). Y también Pedro nos dice en su

segunda epístola: «Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas. para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo salido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia.» ¿Ves en ti falta de pureza? Acógete a la promesa y reclámala para ti. ¿Qué puedes desear más que: «Si alguno pecare, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Hijo?» Hay, pues, un remedio para toda impureza. «Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.» Si tienes algún pecado que te turba, tráelo a la luz, y entrégalo para que sea eliminado; si lo haces, El es fiel y justo. El te perdonará, y habiéndote perdonado, lo limpiará, esto es, lo eliminará y ya no te dominará más; El te limpiará de toda maldad. De modo que la Palabra es nuestro lavatorio y siempre el agente eficiente en las manos del Espíritu Santo.

¿En qué consiste esta limpieza tipificada aquí? Primero, la regeneración, el darnos una nueva naturaleza, un nuevo corazón. Esta viene después de haber confiado en Jesús, después de haber acudido al altar de la sangre y dejar allí nuestros pecados. Luego, el bendito Espíritu Santo pone en nosotros una nueva vida y un nuevo espíritu. Este es el primer paso; es el lavamiento de la regeneración. Pero hay una purificación más completa que ésta; a saber, la gracia santificadora de Jesucristo. Esto es la consagración entera y completa a Dios, por medio de la cual se pasa a ser suyo, y sólo suyo, y El pasa a ser nuestro y nos llena con su propia naturaleza y su propio Espíritu. El toma posesión de nuestros deseos, nuestra voluntad, nuestros afectos y todas las facultades y potencias de nuestro ser, y pasa a ser el

poder que domina, controla y guarda nuestra vida, el revestimiento de Cristo, por medio del Espíritu en nuestro corazón. No es que obtengas meramente un nuevo corazón y luego sigas luchando con los mil elementos del mal, sino que todo tu espíritu y alma y cuerpo han sido dedicados al Señor, preservados sin reproche para la venida del Señor Jesucristo. Indudablemente esto está presentado en este antiguo lavatorio. No es que los sacerdotes consiguieran algo de purificación; el lavatorio quería decir que toda mancha era quitada de sus vestiduras, puesto que si hubiera habido la menor mancha en ellas no se habrían atrevido a entrar en el Lugar Santo.

Oh, amigos, si esto significa algo, lo significa todo. Si el Espíritu y la sangre de Cristo pueden quitar una mancha, las pueden quitar todas; si te pueden guardar un momento, te pueden guardar mil años; si te pueden dar una sola miaja, te pueden llenar del todo. Suponte que el sacerdote hubiera dicho: «Voy a limpiarme una mancha hoy, y otro día me limpiaré otra», ¿cuáles habrían sido las consecuencias si se hubiera atrevido a entrar en el Tabernáculo? Dios había dicho: «Que se laven con agua, para que no mueran.» Una sola mancha habría sido como un conductor eléctrico para recibir el rayo de la cólera divina. El Espíritu de Dios requiere de nosotros una purificación total, aunque también nos la proporciona, y el mayor obstáculo que hay para recibirla es que tenemos miedo de creer en un evangelio tan grande. Tenemos miedo de aceptar a Dios por lo que dice, y pensar que está dispuesto y es capaz de hacer lo que dice. «Entonces rociaré agua limpia sobre vosotros y seréis limpios.» Creo, amigos, que una mancha de pecado en vuestro corazón será como una mancha de gangrena en vuestro cuerpo. Hemos de ser limpiados. No hablo de equivocaciones y confusiones. sino que hablo de no tener en nuestra mente el conocimiento de ningún acto voluntario de pecado. No creo que sea posible entrar en la presencia de Dios, ni tener comunión o paz con Dios si toleramos o consentimos en nuestro corazón o vida algo que sepamos esté mal, y con todo, no creo que podáis decir: «Es demasiado esperar de Dios que mantenga a un hombre así, en este estado.» Dios dice que ésta es la forma en que te guardará y tú no tienes derecho a rebajar su vigilancia y cuidado y su preciosa redención. Aceptémosle plenamente y aunque El pueda ver en nosotros diez mil cosas que nosotros no vemos, y aunque El nos guiará siempre a un mayor grado de santificación, esto es muy diferente de tolerar el mal. Creo que Dios nos acepta como puros cuando nos consideramos puros a la luz que tenemos, y hacemos todo lo que sabemos es su bendita voluntad.

Amado, ¿estás totalmente limpio ahora? ¿Has acudido al lavatorio de Dios para mirarte, sintiendo que todo depende de que no tengas cuentas pendiente con Dios? ¿Lo has presentado todo delante de El? ¿Has tomado el agua purificadora, así como la sangre que limpia, para eliminar toda mancha, de modo consciente y deseándolo? ¿Crees que Dios te limpia? Y, ¿oyes al Maestro que dice: «Ahora sois limpios por la palabra que os he hablado»? ¡Oh, cuán conmovedor que dijera esto al pobre Simón Pedro, al mismo discípulo que al cabo de veinticuatro horas había de pecar otra vez! Pero El los limpió y ellos quedaron limpios, y lo creyeron; y aunque tropieces mañana, amado, acepta su purificación hoy. Y si le aceptas como Pedro debía aceptarle, El te guar-

dará de caer, y te llevará a la presencia de su gloria al fin con sobreabundante gozo.

Esto nos lleva a otro punto, a saber, a la aplicación continua de la purificación. El lavado no era único, sino que había que hacerse con frecuencia, era una ceremonia que se repetía: habían de hacerlo cada vez que iban al santuario y al altar. Esto hace resaltar una verdad preciosa: que es la siguiente, el Señor Jesucristo, después de consagrarnos totalmente, y de llenarnos completamente, tiene todavía gracia para llenarlos cada día, y gracia para vencer todos los males y pruebas de la vida. Creo que verás esto mejor en el versículo ocho del capítulo trece de Juan. Allí usa dos expresiones, no idénticas, porque los verbos son distintos en el original. El uno describe una limpieza a conciencia: «El que está lavado» (v. 10) «no necesita sino lavarse los pies».

La palabra «lavado» aquí significa «totalmente limpiado; esto es, lavado del todo, alma y cuerpo, y completamente santificado. No necesita que se le haga esto otra vez, pero necesita aún que «se le laven» los pies, que se le quiten las manchas pequeñas que se acumulan al pasar por la tierra, pequeños pasos falsos que damos mil veces cada día. No necesita que se le salve y se le santifique, pero necesita que se le lave una y otra vez, de las mil manchas que no han entrado en su corazón, pero que han ensuciado sus pies. El que ha sido lavado no necesita que todo su cuerpo sea sumergido debajo de la corriente, pero necesita que se le quiten las pequeñas manchas diarias. Tu has sido lavado en sentido amplio, pero si no eres lavado en el sentido restringido no tendrás parte con El. Tu comunión quedará interrumpipa hasta que seas lavado.

Queridos amigos, éste es el significado del acu-

dir diariamente al trono de la gracia, para hallar el oportuno socorro. Este es el privilegio del cristiano más consagrado. Este bendito lavatorio está abierto en nuestros corazones continuamente, y el gran Sumo Sacerdote está siempre allí, con el hisopo, para rociarnos, para lavarnos una y otra vez, de la menor sombra de contacto que llega hasta nosotros de los espíritus de otros o de la atmósfera del mundo en que vivimos.

Y luego, qué consuelo es el saber que el agua descendía al nivel de los sacerdotes. Es importante que no tuvieran que subir a ella, sino que podía ser derramada sobre sus vestidos simplemente abriendo las espitas y poniéndose debajo.

«El que descendió es el mismo que también subió, por encima de todos los cielos, para llenarlo todo.» Esta es la palabra de fe, pero ¿qué dice?: «Cercana está la palabra en tu boca y en tu corazón, ésta es la palabra de fe que predicamos, que si confesares con tu boca al Señor Jesús, y crees en tu corazón que Dios le levantó de los muertos serás salvo.» (Romanos 10:9 y Efesios 4:10.)

Pasemos ahora adelante para mirar a las personas que han de ser limpiadas. Eran los sacerdotes de Dios, aquellos que iban a ministrar en la presencia inmediata de Dios. No era el pueblo común, la muchedumbre no santificada; eran los consagrados a Dios, y que estaban en este bendito lugar de privilegio que pueden ocupar hoy todos los creyentes. El sacerdocio antiguo significaba servicio consagrado. Hubo un tiempo, pienso, que creímos que esta gracia santificadora se nos daba para prepararnos para la gloria del cielo. Pero estoy contento de ver que se va esparciendo en la Iglesia la creencia de que esto no es el final, sino el principio del servicio cristiano. La situa-

ción de este lavatorio no era a mucha distancia, sino exactamente junto al altar del sacrificio. Primero, los israelitas tenían que acudir al altar donde ofrecían la víctima, y luego iban al lavatorio, donde se lavaban las manchas. Todo esto tenía lugar antes de entrar en el Lugar Santo, el santuario de Dios, para la comunión más inmediata con El. Ahora bien, amados, éste es el significado y lugar de la santificación. ¡Oh, que podamos aprender dónde estamos! Cristo no guarda o retiene tu santificación hasta que llegues al Lugar Santísimo. Te la da inmediatamente después que has sido perdonado, para que entres a su servicio, hagas su obra consagrada, y vivas una vida de pureza para su gloria y para el bien de los hombres.

Y ahora, amigos, si es verdad que Dios ha provisto esta consagración para nosotros, ¡qué responsabilidad pone esto sobre cada creyente! ¡Mirémosla! No se halla escondida detrás de las cortinas; está abierta a todos y por ello abierta para ti. Si no la recibes, ¿qué dirás a Cristo en el día de su venida, cuando te pregunte: «Amigo, ¿cómo has entrado sin tener el vestido de boda?» ¿Qué puede decir un cristiano que vive en algún pecado? Mucho me temo que te quedarías mudo, y no tendrías nada que contestar. Asegurémonos de que no sólo hemos acudido al altar y a la sangre, sino también que hemos sido lavados con agua pura, y que mantenemos constantemente nuestros vestidos sin mancha de este mundo, lavados en la corriente de su amor.

Tenemos el altar que nos habla de su obra terminada; tenemos la fuente que nos habla de la provisión infinita para nuestras necesidades. La idea específica del lavatorio esra la purificación. ¿La hemos recibido? ¿Estamos andando con el Espíritu de Dios? ¿Hemos confiado en el Salvador; hemos confiado también en el Espíritu Santo? Ya hemos recibido la sangre. ¿Hemos recibido en la misma plenitud las inagotables provisiones de su Espíritu? Todos hemos tenido en gran estima el amor que durante treinta y tres años habitó entre nosotros como un mártir y un desterrado. Pero, ¿hemos reconocido un amor igual que durante casi dos mil años ha hecho su hogar en la raza vil y pecadora, residiendo como podríamos decir en un hospital de leprosos, para limpiar la suciedad de nuestra culpa? Me avergüenzo siempre que pienso en este amor y paciencia, de que no le haya amado más, y me haya rendido de modo más completo a su gracia. ¡Oh, recibe al Espíritu Santo de nuevo en el día de hoy! ¡Que su vasta y poderosa corriente de amor fluya en tu naturaleza, y al seguir adelante con el conocimiento de su presencia, que dejes fluir las aguas por toda tu alma, para ser lavado totalmente! El lavatorio siempre estaba lleno. Y lo mismo hoy; hay bastante para todos.

También desciende al nivel de todos y cada uno de nosotros. Spurgeon cuenta una historia muy interesante y curiosa de su juventud. Dice que cuando era un muchacho iba con su hermano a las casas de dos tías suyas con cierta frecuencia. Cuando iban a ver a tía Margaret, nunca recibían muchas galletas ni golosinas, pues siempre las guardaba en el estante de arriba. Pero que cuando visitaba a su tía Jane, tenían todo lo que querían: ella se lo daba enseguida y siempre guardaba las galletas en el estante de abajo.

¡Cuán cerca nos pone Cristo la salvación! La ley la pone arriba en el Sinaí; apenas podía alcanzarla Moisés. Pero Cristo se pone al nivel del niño más débil, y la pone donde cualquiera la puede alcanzar, como aquellas aguas que fluían al pie

del lavatorio, asequibles a todos. Y hemos de estar contentos de que las aguas de su amor y purificación están manando a nuestros pies. Ponte debajo de ellas. Toma lo que Dios ha puesto tan cerca y luego ve a su santuario y ministro para su gloria, y por amor de un mundo pecador.

Capítulo IV

LA LUZ

«Harás además un candelero de oro puro; labrado a martillo se hará el candelero; su pie, su caña, sus copas, sus manzanas y sus flores, serán de lo mismo. Y saldrán seis brazos de sus lados; tres brazos del candelero a un lado, y tres brazos al otro lado. Tres copas en forma de flor de almendro en un brazo, una manzana y una flor; así en esos seis brazos que salen del candelero; y en la caña central del candelero cuatro copas en forma de flor de almendro, sus manzanas y sus flores. Habrá una manzana debajo de dos brazos del mismo, otra manzana debajo de otros dos brazos del mismo, y otra manzana debajo de los otros dos brazos del mismo, así para los seis brazos que salen del candelero. Sus manzanas y sus brazos serán de una pieza, todo ello una pieza labrada a martillo, de oro puro. Y le harás siete lamparillas, las cuales encenderás para que alumbren hacia adelante. También sus desbapiladeras y sus platillos, de oro puro. De un talento de oro fino lo harás, con todos estos utensilios. Mira y hazlos conforme

al modelo que te ha sido mostrado en el monte.» (Exodo 25:31-40.) En relación con esto, léase también Mateo 5:16: *«Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, de tal modo que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.»*

Las dos figuras, la luz y el aceite, son muy hermosas e interesantes, incluso en su simbolismo natural. La luz fue lo primero creado en el mundo natural y su gloria principal. Es esencial, prácticamente, para la existencia de la vida. Es lo que viste todo lo demás de hermosura y color. Es lo que da su gloria al arco iris y las piedras preciosas. Es lo que hace del diamante algo más que un pedazo de carbón. Es lo que llena de hermosura el rostro humano, y es lo que nos da todo lo hermoso en nuestras relaciones humanas y todas las maravillas del mundo natural. No sólo tenemos la luz que nos viene de fuera, sino también la que viene de dentro; el sentido de la vista; el poder de la sabiduría que trae a nuestro conocimiento y percepción los objetos de la naturaleza que nos rodea.

Hallamos esta figura en toda la Palabra de Dios, desde el principio. Era el símbolo más marcado de su presencia. Apareció en el Huerto de Edén, en la luz del Sequina. Apareció a Abraham en la antorcha humeante que pasaba entre los animales divididos en el sacrificio. Apareció en el desierto a los hijos de Israel en la columna de fuego. Apareció a Moisés en la zarza ardiente. Jesús usa esta figura respecto a El mismo; dice que es la luz del mundo, y de sus hijos de un modo particular. El Espíritu Santo es también la fuente de luz. Y la visión del Apocalipsis termina con la luz que es más brillante que el Sol, y el arco iris rodeando con su fulgor el trono para siempre.

También la figura del aceite nos sugiere pensamientos interesantes. Es la fuente de luz artificial. Contiene en sí los elementos de la vida y la sanidad, y en contacto con el fuego, los elementos de la luz. Fue usado en relación con la consagración de los sacerdotes, y en la curación, pero fue puesto aparte, de modo especial, para la iluminación del santuario de Dios. Y Dios dio instrucciones específicas, sancionadas con penas terribles, para que no fuera falsificado. Si alguno intentara imitarlo o falsificarlo, había de ser cortado de entre el pueblo. Sus ingredientes se mezclaban de una forma misteriosa para su uso sagrado, para iluminar el santuario de Dios.

Las dos figuras de luz y aceite se combinan en el candelero de oro, cuya descripción ya hemos leído. Estaba dentro del antiguo santuario de Dios, el primer objeto que se veía al entrar por la puerta, a la izquierda. Al otro lado estaba la mesa de los panes de la proposición. Estaba delante del altar del incienso.

El candelero era labrado de oro macizo, y su valor actual en dinero sería incalculable. Entró un talento de oro, labrado a martillo, en esta obra de arte. Consistía en un tallo o brazo en el centro, con tres brazos laterales a cada lado, probablemente un poco más bajos, y estaba adornado con tres clases de ornamentos, manzanas, flores y copas como almendras. Así que cada uno de los brazos a cada lado estaba adornado con una flor de oro, luego una manzana, y al extremo del brazo, en su punta, un recipiente como una almendra que contenía el aceite que producía la luz.

Dios dio instrucciones muy específicas respecto a estos ornamentos, y le dijo a Moisés que tuviera cuidado en hacerlo según el modelo que había visto. Todo había de ser del mismo oro que el tallo central. Las flores, las manzanas y los receptáculos eran probablemente adornados y muy hermosos. Luego estaban también los utensilios corrientes: las despabiladeras y los platillos. Las lámparas eran rellenadas con aceite cada día por los sacerdotes. El candelero era tan valioso que más tarde pasó a ser una tentación especial de los conquistadores, y hallamos que, cuando cayó Jerusalén, después del tiempo de Jesucristo, el candelero se hallaba entre los despojos de los conquistadores romanos. El recuerdo más vívido que los viajeros tienen del Arco de Tito en Roma es el relieve del candelero, llevado por los soldados romanos en su marcha triunfal. Se dice que se perdió en el Tíber y desapareció completamente sin que se haya sabido nada más de él.

Presenta muchas lecciones importantes. Consideremos algunas. Dios no quiere que su casa esté adornada ahora con adornos costosos; a menudo ha ocurrido que su nombre ha sido menos honrado allí donde había más adornos y lujos. Lo que El quiere es la pura luz de la iluminación divina, por medio de su palabra y el Espíritu Santo en nuestro corazón y nuestra mente, y este antiguo candelero era un símbolo de estas cosas. ¡Que Dios nos enseñe algo sobre esto hoy, y lo haga más real en nuestros corazones!

En primer lugar, nos enseña que Cristo es la luz del mundo. Esta figura de la luz es siempre apropiada para El. Dios ha dado la luz de la razón a la mente humana, y es El quien trae luz al alma que vuelve a nacer. En la Nueva Jerusalén El será la luz de la ciudad. Si quieres luz en tu

alma necesitas que Jesús entre en ella; El disipará las tinieblas, la perplejidad, el pecado y todo mal. «Dios es luz, y en El no hay tinieblas.»

También nos dice esto que el Espíritu Santo
es el instrumento de la luz. Mientras que la luz
nos habla de Cristo, el aceite lo hace del Espíritu
bita en vosotros.» El Seños ungió a Jesús de Na-
Santo. «La unción que habéis recibido de El ha-
zaret con el Espíritu Santo: «El Espíritu del Se-
ños es sobre mí, porque el Señor me ungió para
proclamar buenas nuevas, para predicar el evangelio a los pobres.» Jesús fue llamado Cristo porque había sido ungido.

En tercer lugar, el candelero de oro no simboliza sólo a Cristo y al Espíritu, sino también a la Iglesia y al cristiano. Nos representa a nosotros como reflectores de su luz. Nos representa como portadores de luz, completos, séptuples, que irradiamos este reflejo al mundo en tinieblas que nos rodea y al hacerlo somos también luces en el mundo. «Vosotros sois la luz del mundo.» «Que vuestra luz alumbre delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.»

Estos son, pues, los puntos especiales de significación de este antiguo tipo de la luz: Jesucristo nuestra luz perfecta; el Espíritu Santo que nos trae esta luz y la desparrama en nuestro corazón, como la atmósfera nos trae la luz del sol y la desparrama por el mundo; y el creyente y la Iglesia de Cristo que sostienen los candeleros que alumbren, reflejan la luz en la oscuridad de un mundo pecaminoso.

Vamos a recoger a continuación algunas de las lecciones que emanan de estas líneas de verdad:

1. La luz que Dios nos da es toda divina, en ningún sentido humana. Este aceite, como dije, no era preparado en un proceso ordinario, ni obtenido con alguna receta humana, sino que era hecho con materiales especificados divinamente. Y así, esto nos enseña que la luz que necesitamos no procede de los hombres, ni de los razonamientos de los sabios, ni de nuestro intelecto y buen juicio, sino que nos viene de Jesucristo y su preciosa Palabra. Y toda la luz que Dios da al alma en su viaje celestial debe ser divina.

2. También vimos que no había luz en el antiguo Tabernáculo aparte de ésta. No había ventanas; el candelero era la única iluminación en el santuario de Dios. Y esto nos enseña que nosotros hemos de tener otra luz si no a Dios. Cuando confiamos en El hemos de confiar enteramente en El. «Confía en el Señor de todo tu corazón, y no te fíes de tu propio entendimiento.» ¿Tienes esta luz? ¿Has sacado todas tus ideas de la Biblia, del Espíritu y de Dios? ¿Está tu Tabernáculo en parte iluminado por luces de oro y en parte por la luz turbia del mundo? No es de extrañar que se haga algo oscuro a veces. Veamos si tenemos la luz según el modelo del monte. Muchos cristianos andan descarriados en esto. No tienen cuidado de tener toda su luz de arriba.

3. También, sabemos por el antiguo candelero, que la luz que da Dios es una luz perfecta. Era una luz séptuple, y el número siete, como es sabido, representa plenitud. No había sólo una lámpara, sino siete, y tenían toda la luz que era requerida. Y también Dios nos da luz que no tiene tinieblas en ella. Cuando El nos guíe, nos hallaremos siempre en el buen camino. Y cuando El enseña, podemos estar seguros de que no puede

errar. «Dios es luz, y en El no hay ningunas tinieblas.»

Por ello el Espíritu Santo es llamado «los siete espíritus delante del trono.» Está el espíritu de paz, el espíritu de filiación, el espíritu de gozo, el espíritu de amor, el espíritu de confianza, el espíritu de oración, el espíritu de santidad, el espíritu de poder; éstos son todos diferentes formas de luz, pero son todos ellos la misma luz divina. Así que Dios tiene muchas clases de luz. Tiene la luz del día, y la luz de la noche. El es la luz que guía y la luz que glorifica. El es la luz que resplandece con tan gran poder sobre tus pecados que te hace llorar. Y El es la luz que brilla en su propio rostro, su preciosa cruz y sangre, y te rescata del pecado y hace que tu corazón se sienta feliz en su gozo. A veces la luz brilla procedente de su verdad, y a veces de la presencia del Espíritu en la vida interior.

La luz sorprende a veces
Al cristiano, pues El canta,
Es el Señor: se levanta,
Con sanidad en sus alas.

Y a veces no podemos guardarla, sino que resplandece y derrama su gloria sobre otros la luz séptuple de Dios en el corazón.

4. Además, esta luz revela los otros objetos del Tabernáculo. Muestra a los sacerdotes las otras cosas hermosas y preciosas que hay alrededor. Les revela la mesa, cubierta con el pan y el incienso. Lo mejor de la luz es que no se muestra a sí misma, sino al pan. Y así, cuando llega esta luz, no nos deslumbra de tal modo que no podemos mirar, sino que la luz viene a mostrarnos el pan de vida; a mostrar que las promesas son

para ti; cómo has de entenderlas; cómo has de recibirlas; cómo has de mantenerte firme y ser fuerte. Y todo el plan de la divina redención se hace personal para ti. La gracia de Jesucristo llena todo tu ser y te preguntas cómo es posible que no le hubieras tenido más plenamente antes, pareciéndote ahora tan fácil alimentarte en Cristo y apropiarte sus promesas. Es natural ahora, porque tienes la luz, que resplandece sobre la mesa y todo parece fácil y sencillo.

Y entonces puedes percibir y recibir el incienso, así como el pan, y absorber su dulzura con tu sensibilidad más fina. Ya sabéis lo que esto significa, queridos amigos. Aquí no hay sólo pan, sino todo lo demás que necesitáis. Yo solía desear la luz, tener una experiencia gloriosa. Pero estoy tan contento ahora de obtener la luz que me muestre cómo vivir en Cristo, que no la miro por su propia gloria, sino que la miro por su valor. Si miráis a la luz siempre deslumbra y resulta penoso; pero El nos da en la naturaleza luz sana con sombras, así como resplandor de sol, que nos muestra las pisadas cotidianas, y es para nosotros la luz de la vida. Creo que es algo peligroso estar deseando exhibiciones pirotécnicas. Es mucho mejor tener la luz sobria del día que nos muestra la manera de vivir.

5. También el candelero se ilumina a sí mismo. «El candelero se iluminará él mismo.» Había de mostrar sus brazos, así como los otros objetos. Había de mostrar que todo estaba bien, que era de oro puro, que quemaba de un modo estable. Había de mostrar las hermosas flores, las manzanas, los receptáculos en almendra encima, llenos de aceite para iluminar el Tabernáculo. Y así, querido hijo de Dios, quieres tener luz para mostrar que vives bien, que floreces en fe y esperanza, y mostrar las manzanas que hacen de tu vida cristiana una bendición para otros, y mostrar los receptáculos en almendra que contienen el aceite, no sólo para alumbrar tu propio camino, sino también el camino de los que te rodean. ¿Muestra esta luz que eres como El mismo, trabajado a martillazos, de una sola pieza de oro y adornado con toda la hermosura y gracia del Espíritu Santo?

6. Además, esta luz tiene que ser avivada diariamente, tanto por el hecho de ser rellenadas las lámparas con aceite, como por el uso de las despabiladoras, para cortar el pabilo. El sacerdote tenía que añadir aceite, cambiar o cortar la mecha quemada y conservarlo todo limpio y puro. Y así Dios tiene que usar sus despabiladoras y llenarnos con su Espíritu Santo. Tú y yo sólo podemos brillar con amor cuando estamos llenos de amor. Hemos de recibir diariamente provisiones de su luz, y hemos de procurar eliminar toda clase de obstáculos. ¿Tienes un par de despabiladoras? ¿Has eliminado el residuo quemado de tu lámpara? ¿Tienes aceite celestial? Si no resplandeces, hay algo que lo impide.

7. Asimismo, el candelero no tenía luz inherente en sí; era sólo portador de luz, pero era el aceite el que daba la luz. Y así, tú y yo no somos la luz; Jesucristo es nuestra luz, y nosotros simplemente la recibimos y la reflejamos.

Este es el secreto de toda la santidad. Yo no soy la luz yo mismo, no es de esperar que tenga luz en mi persona; pero yo le tengo a El, y El se muestra. El es la luz que brilla de mis ojos, mis gestos, mi tono, y yo soy meramente el candelero que deja que los otros le vean. Yo no estoy delante del mundo y les digo que soy fuerte, sino que les digo que Cristo es fuerte, y que yo uso su

fuerza. Yo no les digo que soy sabio sino que Cristo es sabio, y yo uso simplemente su sabiduría. Yo no tengo fe, sino que es Cristo que la tiene, y yo saco de ella, momento tras momento, para glorificarle a El, no a mí. Yo no soy amor, y no espero que nunca pueda amar de propio impulso como Dios espera. Pero Jesús es mi corazón de amor; Jesús es el mismo amor, y Jesús es mío; su amor es mío; yo saco de El y lo doy, y presento su amor ante el mundo y digo: «El me hace posible amar como El ama, y con todo, sin El, yo sería un montón inerte de arcilla.» Creo que esto es lo que el Maestro quería decir con las palabras: «Que vuestra luz así alumbre delante de los hombres, que puedan ver vuestras buenas obras, y glorificar a vuestro Padre que está en los cielos.» Has de glorificar a Dios, no a ti. Los otros no han de decir: «¡Qué hombre más grande; qué gran cristiano, qué espíritu puro, qué mentalidad!» ¡Oh, no!, sino que han de decir: «¡Cuán lleno está de Cristo! ¿Por qué no he de poder ser yo como él? Me dice que es tan débil como yo, pero que Dios le provee de lo que necesita diariamente. ¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo?» Esto es lo que quiero decir al hablar de sostener en alto la luz de Jesús y dejar que brille delante de los hombres de modo que los otros digan: «Esto es la gracia de Dios y yo puedo tenerla también.»

8. Zacarías nos da la descripción de una visión de este candelero en el cual hay siete puntos que no podemos hallar en ningún otro lugar. y uno de los más hermosos es que estos candeleros no eran llenados por medios mecánicos, sino que los diferentes cazos o receptáculos eran provistos de un aceite producido por dos olivos, los cuales se hallaban a uno y otro lado del candelero.

El aceite iba al depósito del candelero por medio de dos tubos, directamente desde el olivo, al parecer, sería necesario, y saliendo del aceite directamente del fruto del olivo. Este es un cuadro exquisito: la lámpara no necesitaba que nadie la llenara, sino que se llenaba ella misma, y los tubos estaban siempre abiertos. Además, éste es el modo en que estamos unidos a El, de modo que constantemente seremos llenados de El.

Hay un olivo en un lado, el Señor Jesucristo, y en el otro lado el Espíritu Santo, los dos vertiendo su vida en nuestra alma e impartiéndose a sí mismos en nosotros en todo momento. No se trata de una bendición que tenemos de vez en cuando, sino de una comunicación y conexión constante.

De modo que acerquémonos a El; permanezcamos en El; tengamos su luz y su vida, y así no podemos por menos que brillar, porque seremos como El. Y en esta su vida que rebosa seremos una bendición para los otros, aún mayor que la bendición que recibimos. ¡Oh, que El venga a nosotros ahora e ilumine el santuario de nuestro corazón hasta que brille como las moradas celestiales! ¡Que nos revele su pan celestial hasta que comamos y estemos satisfechos! ¡Que abra a nuestra visión el altar de oro de la intercesión y el incienso, e incluso, más allá del velo rasgado, la cámara interior, inmediata con su presencia eterna, por amor a su nombre! ¡Amén!

Capítulo V

EL PAN DE LA PROPOSICION

«Harás asimismo una mesa de madera de acacia; su longitud será de dos codos, y de un codo su anchura, y su altura de codo y medio. Y la cubrirás de oro puro, y le harás una cornisa de oro alrededor. Le harás también una moldura alrededor, de un palmo menor de anchura, y harás a la moldura una cornisa de oro alrededor. Y le harás cuatro anillos de oro, los cuales pondrás en las cuatro esquinas que corresponden a sus cuatro patas. Los anillos estarán debajo de la moldura, para lugares de las varas para llevar la mesa. Harás las varas de madera de acacia, y las cubrirás de oro, y con ellas será llevada la mesa. Harás también sus platos, sus cucharas, sus cubiertas y sus tazones, con que se libará; de oro fino los harás. Y pondrás sobre la mesa el pan de la proposición delante de mí continuamente.» (Exodo 25: 23-30.)

«Y tomarás flor de harina, y cocerás de ella doce tortas; cada torta será de dos décimas de efa. Y la pondrás en dos hileras, seis en cada hilera, sobre la mesa limpia de-

lante de Jehová. Pondrás también sobre cada hilera incienso puro, y será para el pan como perfume, ofrenda encendida a Jehová. Cada día de Sábado lo pondrás continuamente en orden delante de Jehová, en nombre de los hijos de Israel, como pacto perpetuo. Y será de Aarón y de sus hijos, los cuales lo comerán en lugar santo; porque es cosa muy santa para él, de las ofrendas encendidas a Jehová, por derecho perpetuo.» (Levítico 24:5-9.)

«Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en El. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por medio del Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por medio de mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como comieron vuestros padres el maná, y murieron; el que coma de este pan, vivirá eternamente.» (Juan 6: 55-58.)

Al otro lado del Tabernáculo, a la derecha, según entramos, y a pleno resplandor del candelero de oro, que parece brillar con el propósito de revelar su existencia, se halla la mesa del pan de la proposición, que estos versículos describen y cuyo significado explican.

Es una simple mesita, de dos codos de longitud y uno de anchura, codo y medio de altura, cubierta de incienso en polvo, ofreciendo delante del Señor continuamente, como recordatorio. Cada Sábado son renovados estos panes, y los antiguos son comidos por los sacerdotes en el Lugar Santo, mientras que el incienso es quemado delante del Señor en el altar de oro del incienso.

Además de los panes, hay también bandejas y vasijas para vino, ofrecido al Señor como bebida y que los sacerdotes bebían los Sábados en el santuario.

Este símbolo familiar es tan natural y expresivo que no hay duda respecto a su significado, y no hay dificultad para captar su hermosura y adecuación. Como el agua y la luz son los símbolos naturales de la purificación y la iluminación, el pan expresa bien la satisfacción y provisión para las necesidades más profundas del alma que Cristo proporciona y el Evangelio revela. La misma idea simbólica fue presentada previamente en el maná, que cayó durante cuarenta años en el desierto, y que, se nos dice, fue enviado para mostrar «que no sólo de pan vive el hombre, sino con toda palabra de Dios». En el pan y el vino de la Cena del Señor se preserva el mismo elemento como el símbolo perpetuo de la provisión de la Iglesia de Cristo para las necesidades de su pueblo.

Nuestro Salvador ha reclamado este símbolo para sí mismo en el capítulo seis de Juan, y muestra con cuánta adecuación expresa la vida real que el alma puede encontrar sólo en su vida y muerte y su Persona que da vida. De ella, los elementos naturales sólo son símbolos y presentimientos. Esto es sólo la figura, pues El es el verdadero Pan. Su carne es verdadera comida, y su sangre es verdadera bebida.

I. *La preparación del Pan.* Hay una buena parte de este símbolo que de modo natural sugiere los misterios más profundos y santos de la persona y obra de Cristo.

El pan es el fruto de la tierra, que fue maldecida por el pecado del hombre. Por ello Cristo nació de una raza pecaminosa y maldita, y entró

bajo la maldición para ser la vida y sostén del alma humana. El pan nace de la muerte. La semilla debe ser enterrada en el suelo y ha de morir antes de que pueda producir la cosecha.

Así, también Cristo mismo ha usado esta hermosa figura y nos ha enseñado que, como el grano de trigo al morir crece en una vida más amplia, El fue también plantado en la muerte en el suelo del Calvario, para que de su oscuro sepulcro pudiera salir vida de resurrección, para dar vida al mundo.

¿Es poner demasiado dentro del símbolo el decir que como el pan debe ser molido y amasado y cocido en el horno, también el pan celestial ha de ser perfeccionado y preparado bajo presión y puesto bajo la acción consumidora de la llama del sufrimiento?

Y, como en el mundo natural, la vida no es mantenida por un poder transmitido directamente, sino en la forma concreta del pan, la vida del alma no es recibida directamente de Dios, sino en la Persona de Cristo.

Los panes deben ser preparados, y lo mismo el Pan de vida ha de ser presentado en una forma en que podamos participar de él, no trigo, ni harina, ni pasta, sino pan. Así, la divina verdad y gracia deben ser adaptados a las necesidades humanas. No toda verdad es pan. Mucha predicación consiste sólo en presentar espigas enteras de trigo, con las cáscaras, todo ello. Una relación directa divina con Dios no habría sido pan para una raza moribunda; lo que necesitaba era una redención y una revelación concretas, una persona que recibiera y concentrara en sí misma todo lo que Dios es para la humanidad perdida, la verdad encarnada, el Evangelio de un Salvador personal, amante, sufriente, que expía el pecado.

Había doce panes, amplia provisión para todas las tribus. Así, Cristo es nuestro suficiente Salvador. Hay una provisión especial para cada tribu. No un pan para todas, sino una provisión personal para cada tribu. Esta es la manera en que Cristo salva. No a todos los hombres en masa, sino a cada uno separadamente: «Probó la muerte para cada uno.» El tiene un pan para cada uno. Hay un lugar específico para ti en el corazón de Dios, en la obra de Cristo, en los pensamientos del Señor, en los lugares preparados en el cielo, como si tú fueras el único para el cual El murió y vive. ¡Oh, cuán conmovedor es este amor individual de mi Redentor para mí! ¡Qué aliento para mí el reclamar mi parte, toda ella para mí! Yo no quito nada a otros al recibirlo todo, y no hago rico a nadie al renunciar a todo.

Todo el pan era sin levadura. No panes, sino tortas, porque el proceso de fermentación era un símbolo del pecado y el decaimiento. Los sacerdotes de Dios deben comer pan incorruptible. La razón por la que muchas están débiles y enfermizos es porque usan pan con la levadura del placer humano, el orgullo, el pecado. «Trabajad no por la comida que perece, sino para la que permanece.»

II. *La Ofrenda del Pan.* Antes de comer el pan, los sacerdotes lo ofrecían a Dios durante siete días, como una ofrenda de comida.

Del mismo modo la obra salvadora de Cristo era tanto una ofrenda a Dios como una provisión para el hombre. No perdamos esto de vista. Había necesidades en el lado divino también como en el humano. Había la ley deshonrada, un amor retenido, una santidad ofendida por la impureza y el pecado. Había el corazón del Padre que merecía el amor y la obediencia de una raza que

había creado a su imagen. Y Cristo vino a responder a estos requerimientos divinos, aún más que a proveer a la miseria humana multitud de bendiciones. Cristo vino como respuesta del hombre a Dios, tanto como mensaje de Dios al hombre. Cristo vino con su sangre para cubrir las santas exigencias de la justicia, con su obediencia cumplir las demandas de la ley, con su amor consagrado a llenar el anhelo de amor del corazón de Dios; con su pureza y justicia a satisfacer la santidad de Dios, y para hacer todo esto, como un hombre. De modo que en El, Dios vió a un hombre que cancelaba su propio pecado, que llevaba el justo castigo, recibía y obedecía la ley, le amaba y se sometía a su voluntad, entregándose a sí mismo como ofrenda de amor en el altar del sacrificio y presentando un carácter tan puro y santo que era el reflejo del suyo propio, y en él Dios se consideró satisfecho. Miró más allá de la raza humana que había pecado y estaba pecando y vio sólo a un hombre que estaba en su lugar, y en El Dios nos aceptó a todos. Era una satisfacción infinita para su bendita naturaleza y carácter. Era el pan de Dios así como el del hombre. Era un sacrificio a Dios de olor suave y su ser infinito dijo: «Este es mi Hijo amado, en el cual me complazco.» Y todos los que estamos en El somos aceptados por medio de El; su persona, su carácter, su obra, son sustitutos por los nuestros y somos aceptados en el Amado.

Y en tanto que su vida y espíritu vive en nosotros, nosotros, también, como El, somos una ofrenda a Dios, que le es aceptable. Como el hombre vive en Dios y encuentra en El su vida, Dios vive en sus hijos, y tiene en ellos su vida, su pan. Por ello en Apocalipsis 3:20, la fiesta es descrita: «Y cenaré con él, y él conmigo.»

Por ello encontramos a nuestro Salvador representando su obra como hecha primariamente para su Padre, su voluntad, su gloria, su contento, y también, antes de volver a reunirse con sus discípulos o permitirles comunión con El tiene que presentarse ante el Padre y ofrecerle su obra terminada. «No me toques —le dice María—, porque aún no he ascendido a mi Padre.» El pan debe ser ofrecido primero en la mesa celestial antes de que puedan participar de él los hijos de la tierra. El Cabeza de la mesa, el Padre, debe participar de la fiesta de salvación antes que sus hijos puedan recibir la copa de salvación. Pero una vez hecho esto, le encontramos después, no sólo permitiéndoles que le toquen, sino ordenándoselo, como a Tomás, que dudaba, o invitando a Pedro y a los otros diez, en la orilla de Galilea a aquella comida matutina que era el tipo de la la mesa abierta ahora a sus amados hijos, y el pan aceptado en el cielo y ofrecido en la tierra a todos los que tuvieran hambre.

III. *Comiendo el Pan.* En el día de Sábado eran quitados los antiguos panes y comidos por el sacerdote, y se ponían nuevos panes sobre la mesa. Y así, mientras Cristo es en el primer aspecto de su obra, una ofrenda a Dios, en el segundo es una provisión para las necesidades de su pueblo.

El significado espiritual de este lenguaje no lo puede entender nadie sino un cristiano. Y para el verdadero creyente, para un alma que ha sentido la profunda necesidad interna de Cristo y ha conocido su satisfacción, para un alma que ha sentido el sentimiento aplastante del pecado y luego la dulce seguridad del perdón y la paz por la voz de su Espíritu, para un alma que ha sentido la decepción profunda del goce humano, y el

amargo dolor de la aflicción humana, y luego, desdespués de todo esto, halló la dulzura satisfactoria, real y profunda de sus consolaciones, más preciosas que el oro y más necesarias que el alimento, que conoce este Evangelio más interesante que toda imaginación humana, y ha hallado su camino hasta la Persona de Jesús y conoce lo que significa su presencia perpetua y su ayuda; para su alma que conoce todo esto o parte de esto, como miles lo conocen hoy, sería un intento vano el interpretar e ilustrar palabras como «Yo soy el Pan de vida, el que de mí comiere nunca más tendrá hambre, el que cree en mí no tendrá sed jamás. Yo soy el pan de vida. El que come mi carne permanece en mí y yo en él. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.» La llave dorada que abre estos misterios está en el lugar secreto de tu propio corazón.

Este pan era comido sólo por los sacerdotes. Estos eran el tipo del verdadero creyente, de modo que todos los cristianos, todos los verdaderos creyentes, pueden alimentarse de Cristo. Los otros no lo entienden. Los otros no lo desean. Los otros no tienen ni apetito ni órganos para asimilarlo. Fue una provisión hermosa, que mientras los tarados y defectuosos no podían dedicarse al ministerio del altar del incienso de Dios, no se les impedía comer del pan en el Lugar Santo. Y así, aunque puedas ser demasiado débil como cristiano para hacer ningún ministerio útil para Cristo, aunque puedas ser inconstante y frío incluso para ofrecer culto de adoración, no estás apartado de las provisiones de la casa de Dios. Cristo quiere especialmente alimentar y nutrir a los débiles. Ven y aliméntate de El hasta que estés fuerte y tus manos y pies, tu voz y tu lengua se podrán juntar, sin tara, en su servicio también.

El pan era comido el Sábado, quizás un tipo de la provisión especial que Dios hace para sus hijos en su día. Aquí está la mesa de familia y el día de nutrición peculiar cristiana. El que se abstiene de la comida se hallará mal preparado para los conflictos y tareas de la vida. Pero es casi un error tan fatal como el anterior el considerar que este día es el único para la renovación espiritual.

Cada nuevo día requiere nueva fuerza y gracia, y uno debe tener el «pan cotidiano». Toda la vida del verdadero creyente es un Día de Reposo en el sentido de que ha entrado en el reposo del pecado y del dominio del yo, en el reposo de Cristo, y en el goce de su paz, el cristiano puede cantar: «Nada me faltará. Me hará descansar en lugares de delicados pastos, junto a aguas de reposo me pastoreará.» ¿Conoces ya este Sábado, y has hallado en Cristo este Pan de Vida?

IV. *El Vino.* La vida necesita más que el sustento mínimo. Se requiere un cordial estímulo para el que desmaya; refrigerio para el débil, y alegría para el buen amigo. El Evangelio ha provisto para las capacidades elevadas y las necesidades más especiales del hombre. Vino de vida que fluye con pasión en olas plenas y ricas en las venas de los jóvenes. Vino que arrebata. Hay goces profundos y santos; hay consuelos perpetuos; hay éxtasis de amor y esperanza y comunión; hay horas de paz que sobrepasan el entendimiento; hay iluminaciones del alma, visiones de verdad y revelaciones de Dios, premoniciones del cielo, y hay avenidas de poder y gloria que emocionan todo lo que hay de divino en el alma, hasta que toda otra vida parece muerta, y la muerte es vida en la gloria revelada. ¡Oh, hay vino, vino refinado, así como pan en la casa de Dios, y el que lo

ha bebido una vez dirá como el maestresala de fiesta: «Has guardado el buen vino hasta ahora.»!

V. *El Incienso.* Este era el símbolo de la aceptación. Era quemado en el altar mientras el sacerdote participaba del pan y esparcía su dulce perfume por todo el Lugar Santo.

La primera verdad que esto sugería era la dulce aceptación por parte de Dios de la obra de Cristo. No sólo es ofrecida, sino también aceptada.

La segunda verdad era la aceptación de la comida sagrada de los sacerdotes como un acto de culto. Dios los aceptaba al comerla. No hay servicio más aceptable que podamos rendir a Dios que el alimentarnos en Cristo y el regocijarnos en El. Marta llenó su mesa de comida para su Dios, pero María le agradó más al sentarse a sus pies y escuchar sus palabras que alimentaban su vida y su amor, y al adorarle, recibiendo lo que El le daba.

VI. *La Mesa.* Su propósito era exhibir el pan. Esto es lo que la Iglesia y el ministro debe hacer Esto es lo que estamos intentando hacer hoy. ¡Qué lecciones podemos aprender de esta mesa!

Era sencilla. Sólo tenía una utilidad, no mostrarse a sí misma, sino el pan. Así, el ministro está desplazado cuando con su brillantez oscurece al Salvador. Cuando un gran pintor italiano hubo terminado su cuadro de la Ultima Cena, lo mostró a un amigo: «¡Qué hermosas copas!», exclamó éste. El pintor embadurnó las copas con pintura, con dolor en su semblante. Había fracasado. Había pintado copas, pero no al Salvador. Muchos sermones no son más que una exhibición de habilidad pictórica y presentan copas, mientras que el Salvador queda en el trasfondo. ¡Que Dios

Dios nos haga como esta mesa, que presentaba el pan!

Servía para sostener el pan como una ofrenda a Dios, así como para el uso del sacerdote, de modo que el principal objetivo de nuestro ministerio debería ser presentar a Cristo para la gloria de Dios, así como para el bien del hombre. Si hablas de Cristo, si vives en Cristo, de modo que Dios vea a Cristo en ti, es el cielo, aunque los hombres no se gocen. Si he mantenido en alto a Cristo de modo que Dios esté satisfecho, aunque tú no hayas comido el pan, mi ministerio no se ha perdido.

Nuestro mayor objetivo debería ser para Dios. Pero la mesa era también para sostener el pan del que habían de participar los sacerdotes. Y también nosotros hemos de ofrecer a Cristo al mundo. Pero aprendamos la lección de los panes y el incienso. Panes, no trigo, pasta, o lo que sea —pan, preparado para las necesidades presentes del alma, compacto, caliente, sencillo y en pequeñas cantidades.

Y el incienso, oloroso, dulce, atractivo, de modo que coman y vivan. Con el pan debe ir el incienso.

En resumen: ¿qué significa todo esto para ti? ¿Estás viviendo del pan de Dios o estás muriéndote de hambre, cuando en la casa del Padre hay abundancia de pan? La desgracia de la Iglesia de hoy es el esfuerzo espiritual y el morirse de hambre. Los hombres, por todas partes se van «alimentando» de racionalismo alemán, socialismo francés, sensacionalismo norteamericano, protoplasmas sin vida, acciones y billetes de banco y placeres nocivos. «¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro jornal en lo que no sacia? Oídme antentamente, y comed lo bueno y

se deleitará vuestra alma con lo más sustancioso.»

¿Hay alguna alma hambrienta leyendo estas palabras? Cristo está a la puerta y llama. Quiere entrar para poner la mesa y cenar contigo, porque tu salvación será comida y bebida para El, y luego quiere que tú cenes, con El, de sus ricas bendiciones de gracia, ahora, y en el banquete de gloria para siempre.

Capítulo VI

EL INCIENSO

«Harás asimismo un altar para quemar el incienso; de madera de acacia lo harás. Su longitud será de un codo, y su anchura de un codo; será cuadrado, y su altura de dos codos, y sus cuernos serán parte del mismo. Y lo cubrirás de oro puro, su cubierta, sus paredes en derredor y sus cuernos, y le harás en derredor una cornisa de oro. Le harás también dos anillos de oro debajo de su cornisa, a sus dos esquinas a ambos lados suyos, para meter las varas con que será llevado. Harás las varas de madera de acacia, y las cubrirás de oro. Y lo pondrás delante del velo que está junto al arca del testimonio, delante del propiciatorio que está sobre el testimonio, donde me encontraré contigo. Y Aarón quemará incienso aromático sobre él; cada mañana cuando aliste las lámparas lo quemará. Y cuando Aarón encienda las lámparas al anochecer, quemará el incienso; rito perpetuo delante de Jehová por vuestras generaciones. No ofreceréis sobre él incienso extraño, ni holocausto, ni ofrenda; ni tampoco derramaréis sobre él libación. Y sobre sus cuernos hará Aarón expiación una vez en

el año con la sangre del sacrificio por el pecado para expiación; una vez en el año hará expiación sobre él por vuestras generaciones; será muy santo a Jehová.»

«Dijo además Jehová a Moisés: "Toma especias aromáticas, estacte y uña aromática, y gálbano aromático e incienso puro; de todo en igual peso, y harás de ello el incienso, un perfume según el arte del perfumador, bien mezclado, puro y santo. Y molerás parte de él en polvo fino, y lo pondrás delante del testimonio en el tabernáculo de reunión, donde yo me mostraré a ti. Os será cosa santísima. Como este incienso harás, no os haréis otro según su composición; te será cosa sagrada para Jehová. Cualquiera que haga otro como éste para olerlo, será cortado de entre su pueblo."» (Exodo 30:1-11; 34-38.)

Esta es la descripción del altar del incienso, el altar de oro. Era el tercer mueble en el santuario, y se hallaba al extremo del Lugar Santo, cuando se iba a entrar en el santuario interior, el Lugar Santísimo. Allí, con un fondo de costosas cortinas, se hallaba este altar, y cuando el incienso ardía sobre él, llenaba las dos cámaras y las perfumaba con su fragancia. Era muy simple en su construcción, un codo de altura y de anchura, y dos codos de altura, hecho de madera de acacia y cubierto de una cornisa de oro alrededor para que no cayera el incienso. El incienso mismo era muy costoso y precioso, y poseía una calidad sagrada especial y había órdenes divinas de que no fuese imitado o falsificado ni usado para cosas corrientes.

¿Cuál era el simbolismo especial de este pequeño altar en el culto antiguo?

Primero, representaba la intercesión de Cristo en favor nuestro, y también nuestra intercesión en el nombre de Cristo. Es expresivo de la oración y de la comunión con Dios. Hay algo en el sentido del olfato que quizás es más delicado que cualquier otro sentido. El perfume que este sentido capta es casi como el aliento de la Naturaleza, expresando, podríamos decir, lo más sensible del alma del mund natural. Y así la fragancia ha pasado a ser la expresión de la oración y el amor. Este dulce vaho de especias ardiendo habla del dulce aliento de la oración y es el emblema escogido del homenaje del corazón al Padre celestial.

Pero como el más alto ejemplo de oración es el Hijo del hombre, así primero significa las oraciones de Jesucristo. Durante toda su vida le vemos orando, y al final de la misma, la oración pasa a ser la culminación de su ministerio. Al cruzar el arroyo de Cedrón está orando. En el jardín está orando; en la Cruz ora, y al dejar esta tierra sabemos que está exaltando a la diestra de Dios, para dedicarse a la obra incesante de intercesión, porque El «vive para hacer intercesión por nosotros».

Y así, en el antiguo altar, el incienso que ascendía continuamente, llenando la santa cámara, era el tipo de Cristo. Todo su ser respiraba amor, dulzura y consagración a Dios y recuerdo de nosotros, sus queridos hijos. Y, expresando esto su intercesión, es adecuado que pase a ser un ejemplo a imitar y una pauta para nuestra oración, nuestra comunión con Dios, el lugar sagrado en que los espíritus se juntan y el amigo tienen comunión con el amigo, y donde cada bendición celestial puede ser traída por la oración de fe. Pensemos en relación con este altar en dos cosas: en

Cristo a la diestra del Padre recordándote a ti y a mí, y en sus manos levantadas presentando nuestros nombres para que seamos aceptados por Dios, y también en nuestra comunión espiritual con Dios. Más suave que el aire de este antiguo Tabernáculo, todo tu espíritu puede ser bautizado, todo tu ser interior perfumado con devoción, hasta que Dios descienda a morar en este lugar deleitoso. Como leemos en el libro del Apocalipsis, las oraciones de los santos serán reunidas en copas, como dulce olor para refrigerio del corazón de Dios, entre las glorias de la corte celestial.

Ahora, pues, todas las lecciones relacionadas con este pequeño altar pueden ser aplicadas a estas dos ideas: la intercesión de Cristo por nosotros y nuestras oraciones e intercesiones en su nombre.

1. El altar será de madera incorruptible, y de oro, incorruptible también.

Nuestro bendito Señor tenía una naturaleza doble. Era divino y con todo tenía una humanidad perfecta. La madera representa su humanidad, el oro su divinidad. De modo que el creyente tiene una naturaleza humana y una divina; humano, y con todo participante de la naturaleza divina. Si has recibido la naturaleza que limpia y santifica del Señor Jesucristo, puedes pedir participación en esta doble vida. Es en realidad un gran misterio. Sería una horrible blasfemia, si no la halláramos en su Palabra. Pero todo cristiano nace en Dios. Su nueva naturaleza, como la madera de acacia, es incorruptible, y como este oro precioso, posee la misma vida y espíritu de la Divinidad.

2. El altar era el objeto más alto del Tabernáculo, unos centímetros más alto que el pan de la proposición, el lavatorio o el altar de bronce de los sacrificios, mostrándonos que la oración es el ministerio más exaltado del universo y que nos elevamos cuando nos ponemos de rodillas, más que en ningún otro momento de nuestra existencia.

3. Otro punto es que el altar tenía una corona (cornisa en algunas traducciones). Hemos visto que la mesa tenía una corona (cornisa). Lo mismo el altar. Esto significa que Cristo, como nuestro Sumo Sacerdote, es un sacerdote coronado. No está rogando de modo incierto, sino victoriosamente. No está diciendo: «Desearía que fuera así»; sino: «Padre, quiero que todos los que me has dado estén conmigo. Padre, quiero que la fe de Pedro no falte. Padre, quiero que este hijo mío salga triunfante hoy.» Y será así; es un sacerdocio real. De modo, hermanos, que vosotros, también, tenéis un sacerdocio real. Podéis venir a la presencia de Dios, coronados. Podéis sentir que estáis tan cerca del Rey que podéis pedirle favores especiales, y así, vuestra oración será un ministerio constante para otros. ¡Oh, que pudiéramos comprender esto y, como Ester delante de Asuero, saber que tenemos el poder de reclamar bendiciones para aquellos que no tienen el poder! Señor, ayúdanos a ser fieles en este ministerio, este pedir con autoridad, este sacerdocio coronado del cual el Maestro dice: «Cuando oréis, creed que recibiréis las cosas que pedís, y las recibiréis.» «Así dice el Señor: "En verdad os digo que cualquiera que diga a este monte: Sé quitado de ahí y arrojado al mar, y no dude en su corazón, sino que crea que lo que está hablando sucede, lo tendrá; por eso os digo que todo cuanto rogáis o pedís, creed que lo estáis recibiendo y lo tendréis."» (Marcos 11:23 y 24). Es el cetro real de la intercesión, y Jesús nos dice: «Os mando que vayáis y llevéis fruto, y todo lo que pidáis al Padre en mi nombre El os lo dará.» Espera que

triunfes en este ministerio, que tomes tu corona de oración que El lleva y la compartas con El.

4. Luego vemos que en el altar estaban los cuernos. Había cuatro, uno en cada esquina, apuntando a los cuatro puntos cardinales y a los diferentes campamentos de Israel. Había cuatro grandes campamentos, y así la oración de nuestro Señor alcanza el norte, el sur, el este y el oeste. Es para todo su pueblo, y para todas las edades de su Iglesia, y para todos los lugares del globo en que puedan hallarse; porque nadie puede estar aislado de su simpatía y su ayuda victoriosa. Nos alcanza en este momento; apunta en este mismo momento a tu necesidad y dice: «¡Padre, entrégamelo! ¡Padre, da la victoria! ¡Oh, piensa en este altar, símbolo de la victoria sobre tus enemigos y reclama el triunfo para nosotros!» Levántate, alaba y confía en Dios por él.

Así debe ser con nuestras oraciones: hemos de ser amplios en el círculo de nuestras oraciones. Hay que evitar el egoísmo. Hemos de ensanchar nuestras almas. Un hermano dijo hace unos días: «He hallado la salida de mis problemas: orar por otros.» Cuando tu corazón está acorralado y a punto de estallar, ora por alguien distinto de ti. Deja que se ensanche el círculo de tus simpatías; que tengas objetos de oración en todo país y en todo continente. Puedes tener almas en Africa, lo mismo que aquí, y si en todo momento de tu vida te ocupas de la oración, hallarás, cuando llegues al hogar, que tienes multitud de almas. La oración es el mayor de tus ministerios. Es mucho más que predicar. Tu posición en los bancos no es menos importante que la mía. Estoy seguro de que incluso en nuestro trabajo es lo mejor que podemos hacer por Dios. Recuerdo haber participado en un servicio en el Oeste del que no vi

frutos. ¡Había orado tanto por esta obra particular y todo parecía vano! En un momento de cansancio, ayer, leí unas cartas y encontré un maravilloso testimonio de aquella reunión, por parte de una persona, y también otra que había sido salvada allí y había salido de aquel lugar con sentimiento de culpa y había hablado a otros y estos también habían sido salvos. Entonces sentí que en la obra del evangelio no hay otro poder que el de Dios; hemos de confiar en El y esperar las cosas que pedimos. La gran pregunta es: ¿Qué es lo que Dios va a hacer? Es de muy poca importancia la forma en que te impresione lo que un hombre diga, parezca interesante o aburrido, sino que lo importante es la forma en que el Espíritu Santo te va a hacer sentir tu necesidad y te levantará para la victoria. El secreto del éxito es el Espíritu Santo, reclamado por medio de la oración.

5. Había anillos en este altar de oro, para facilitar su traslado de un lugar a otro. Esto es importante. No estaba estacionado en un punto, de modo que la gente no hacía peregrinaciones a él, sino que era llevado con el campamento. Lo mismo con nosotros. No hay un lugar en nuestro viaje en que no nos siga el altar y transforme la almohada de piedra de Jacob en una escalera hacia el cielo. ¿Llevas contigo tu altar? ¿Tiene este altar de oración anillos? ¿Te lo llevas a tu trabajo, a tus negocios, a tus visitas, a tus partidas de campo para recreo? Dios espera que tú estés tan cerca de El en el día de fiesta como en el día de trabajo. ¿Tienes varas preparadas para el transporte? ¿Puedes orar en todas partes? ¿Tienes práctica en correr las cortinas y quedarte solo con Dios en todas circunstancias?

6. El fuego en el altar quemaba constante-

mente, y las especias olorosas también, y el incienso se elevaba constantemente. Y así el Señor Jesús está en todo momento orando por ti. Tú duermes toda la noche, pero Jesús ora. Tú te despiertas y El ya está allí. Es una de las más dulces experiencias de mi vida el despertarme y hallar a Jesús tan cerca. Es delicioso que El nos recuerde algo que ya habíamos olvidado y comprender que El nos está recordando siempre.

¡Y cuántas veces nuestro corazón se siente oprimido, impulsado por una carga que tenemos y que nos obliga a orar! Es Jesús que está orando por nosotros. El fuego está ardiendo, el incienso asciende. Es posible que no digas palabras cada vez, pero el incienso sube. El agua se evapora en la nautraleza en todo momento, aunque no la veamos. Vemos la neblina por la mañana, pero no al mediodía, aunque haya humedad entonces, porque debido al mayor calor, no se puede ver. Lo mismo puedes estar elevando a Dios en todo momento el aliento de homenaje de tu corazón.

Dices: ¿cómo puedo poner todo mi corazón en los asuntos que tengo entre manos y orar? Puedes hacerlo. A mí me gusta trabajar en el jardín y, al hacerlo, olía las rosas, sin dejar de trabajar en los parterres. Lo mismo puedes estar ocupado todo el tiempo y sentir el aliento del cielo sin que te estorbe. Es como trabajar en una sala perfumada. Es algo más profundo que la oración, es la comunión. Es como la madre y el hijo, sentados juntos, sin decirse palabra, pero sintiendo el uno la presencia del otro. Así es Cristo con nosotros: no hablamos, pero hay la comunión. Este es el estado del corazón apropiado en que debemos vivir. Pondrá celo en tu obra en el hospital, hermana, aunque limpies palanganas o friegues platos o cazuelas; la cocina te parecerá la cámara de un palacio. Y para el pecado será como si hubiera en el aire un desinfectante; no habrá peligro de contaminación. A veces nos parece, cuando vamos a la obra de misión en algunos barrios, que la atmósfera de mal que nos rodea nos asfixia, por lo ordinario y bajo de los corazones que nos rodean, regodeándose en el pecado, hasta que no nos deja respirar. Pero si llevamos el altar del incienso con nosotros, y la oración desprende suave fragancia, estaremos respirando el aire puro del desierto, y allí veremos que florecen rosas.

7. Leemos que no había incienso sin fuego. Y asimismo la intercesión de Cristo por nosotros ha de ser precedida por el fuego del sufrimiento. No es la oración que nos salva, sino la muerte. Es porque El murió para expiar nuestros pecados que ahora El reclama que nos sean entregadas las bendiciones. Por eso leemos aquí que Aarón tenía que hacer expiación en los cuernos del altar una vez al año. Con la oración no basta. Tiene que haber fuego. Queridos amigos, toda clase de ascetismo, oraciones, flagelaciones o abstinencias, no nos salvarán sin el fuego. El fuego del sufrimiento era la primera preparación para la obra de intercesión en la misión del antiguo sacerdote.

Luego, este fuego representa también al Espíritu Santo; el Espíritu Santo es representado por el Espíritu de oración. Es el Espíritu Santo que nos trae al corazón los deseos que Dios quiere que sintamos, insta a nuestras almas y nos da el sentido de necesidad. ¡Oh, cuán fácil es orar cuando somos llevados en sus alas, cuando nuestras almas flotan en el aliento de Dios y sentimos que Dios debe dárnoslo, porque Dios mismo ya lo ha pedido! Es el que nos inspira desde el cielo y que nos lo enviará. ¡Bendito Espíritu de oración! No

lo desanimes; escucha y El vendrá, y hará toda tu oración, y será una oración divina. ¡Bendita oración! No será una fórmula fría con palabras adornadas, sino el incienso ardiente de un corazón que no puede contenerse.

8. Llego ahora al más hermoso de todos estos símbolos: el mismo incienso. Consistía en cuatro ingredientes, de los cuales sólo conocemos uno. El incienso es la goma de un árbol de Arabia y un objeto de comercio. Los otros ingredientes no los conocemos. Y esto nos enseña que en la intercesión de nuestro Señor hay algunas cosas que no conocemos. Hay su naturaleza humana que entendemos, que puede ser representada por el incienso; pero hay también las cosas divinas, especias desconocidas; no podemos medir su profundidad o altura. Y esto puede enseñarnos que en nuestras oraciones hay cosas que conocemos y cosa que no conocemos. Deberíamos ser siempre definidos en nuestras oraciones; a veces sabemos que lo que pedimos setá de acuerdo con su voluntad y que El lo espera. Pero quizás una gran parte de nuestra oración en el Espíritu Santo es como las tres especias desconocidas; no podemos decir exactamente lo que el grito significa, pero estamos seguros que es un gemido indecible, inarticulable; pero, sentiremos que Dios lo entiende; es articulado en su oído y El dará su respuesta a su debido tiempo y la conoceremos. Esto quizá te ayude a comprender muchas de las cargas que te dejan perplejo en la oración. A veces Dios nos lo deja conocer, pero a veces no. Ha habido este esfuerzo por alcanzar algo que somos incapaces de interpretar, que no comprendemos y que no necesitamos saber. A veces sentimos que Dios trata de advertirnos de algún peligro o de salvar algún ser querido, o bendecir algún trabajo especial, o llevar algo a través de una crisis. Hay días en que tendrás el sentimiento de que si sueltas, si no persistes en algo, aquello va a perderse para la causa de Cristo para siempre. Los soldados y oficiales menores no saben cuál es la estrategia del general que los manda, pero una vez terminada la batalla, pueden comprenderlo. De la misma manera lo hemos de confiar todo a nuestro capitán, y aunque no lo sepamos todo ahora, lo sabremos más adelante. Y Dios nos hará conocer algún alma arrebatada y dirá: «Esta es un alma que nació de tu oración»; o nos mostrará una parte gloriosa de su obra y nos dirá: «Esta es la obra en que me diste una mano.»

9. Pero hay algo más hermoso aún que no quisiera olvidar. Dios dice: «Toma estas especias, las mueles en polvo fino, y las pones delante del testimonio en el Tabernáculo de reunión, donde yo me mostraré a ti.» Estos granos de incienso y gálbano habían de ser pulverizados, luego quemados en la reja o parrilla para que el humo se elevara suavemente: no tenía que perderse un grano. ¡Oh, amados, no hay petición pequeña, no hay dolor pequeño, no hay deseo demasiado pequeño que no merezca que Jesús ore por el o tú ores por él! Este polvo de incienso fino significa las necesidades de tu vida, quebrantada pero vuelta a reunir por Jesucristo y presentada al Padre con el mismo cuidado que si se tratara de la suerte de un reinado. No se trata de bagatelas; no hay nada que pase por tu mente que sea demasiado pequeño para que Cristo no tenga que ora sobre ello, o tú no lo hagas. Esta es una manera de familiarizarnos con Dios y dar a las cosas comunes dignidad y realeza, quemándolas en el altar de Dios. Dios nos ayude a llevarle cosas pequeñas de la vida a su propiciatorio.

10. Y finalmente, la posición de este altar era significativa. Se hallaba entre las dos cámaras. Se hallaba en la primera, o terrena, pero colindante con el velo, y el olor de su incienso entraba en la celestial. Estas dos cámaras representaban la tierra y el cielo. La cámara exterior era la vida del creyente en su experiencia terrena, y la interior era el Lugar Santísimo. La oración nos lleva a las mismas puertas del cielo. Cuando estamos en el propiciatorio nos hallamos parte en la tierra y parte en el cielo. Nuestras oraciones ya han entrado en él y estamos respirando el mismo aire del cielo. Está todo abierto; es una cámara bendita en que tenemos comunión no sólo con nuestros hermanos aquí abajo, sino con los corazones que nos esperan arriba. Así fue que cuando Jesús estaba orando se transfiguró en su presencia. Así fue que cuando Esteban estaba orando su rostro se volvió como el de un ángel. Y así es que, esperando en el Señor, nuestro vigor cambiará: «Subiremos con alas de águilas; correremos y no nos cansaremos; andaremos y no desmayaremos.»

Los efectos de este incienso y de este altar eran muy hermosos. Tenemos una descripción de ellos en el capítulo ocho de Apocalipsis, donde leemos que el ángel bajó y recogió las oraciones de los santos del altar de oro que estaba delante del trono. Y luego leemos de un ángel poderoso (estoy citando de dos pasajes) al cual «se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos.» Hay una interpretación, que no quiero desmentir, que este ángel era el Señor Jesús, y que el incienso eran las oraciones de los santos y sus propias intercesiones mezcladas con las oraciones de los santos. Y el significado es que cuando envías tus oraciones delante de Dios, aunque puedas sentir que gran parte de ellas es indigno, con todo, las manos del bendito ángel las toman, antes de llegar a Dios. Y yo creo que elimina de ellas todo grano de impureza y sólo guarda lo que es aceptable al Padre; y luego, lo mezcla con sus propias intercesiones, les da su aliento purificándolas y con sus propias manos, las ofrece a los pies del Padre, hasta que nos llega la dulce respuesta de su amor, y somos aceptos en el Amado. Hermano, ¿qué significa todo esto para ti?

Hay un gran contraste aquí entre el verdadero fuego y el fuego falso que algunos sacerdotes dicen que presentan a Dios, y sabemos las consecuencias terribles de ello. Todo aquel que falsificara este perfume tenía que ser cortado. La falsificación es la muerte; y lo es todavía hoy. Puedo preguntar, ¿te acercas tú a su santa presencia por medio de la sangre de Jesús? O ¿te presentas con tus pensamientos naturales, egocéntricos y de voluntad propia? Si estás haciendo esto último te estás acarreando un fuego terrible y te causará la muerte. ¿Estás falsificando el santo incienso de Dios? ¿Estás ofreciendo sentimientos, música deliciosa, elocuencia sagrada, éxtasis poéticos, u otras cosas, pero no estás permitiendo que el Espíritu de Dios tome el lugar de la devoción verdadera? ¡Oh, si no es en el nombre de Jesús, es un fuego extraño, falso! Es la muerte. ¿O está alguno usando el ministerio de Dios para halagar los oídos de una audiencia, jugando con sus sentimientos, usando la música y la santa adoración en la misma Iglesia de Dios para dar placer al gusto estético de la gente, y por tanto usando el incienso de Dios para los propósitos mercenarios del hombre? Es falsificación y de ello Dios dijo que merecía la muerte.

¿Estás tratando de ir a Dios por otros medios distintos de Cristo? Estás buscando la salvación

en otras formas distintas de su muerte? «No hay otro nombre dado debajo del cielo en que podamos ser salvos.» ¿Estás viviendo esta vida de comunión con Dios? ¿Conoces este camino al cielo? ¿Has experimentado esta divina comunión? ¿Significa algo la figura del incienso para ti? ¿Es tu corazón semejante a este dulce lugar? O ¿está todavía lleno de pecado e inmundicia? Si es así, Cristo lo limpiará, ¡y lo que era un desierto florecerá como la rosa!

Tu pobre corazón pasará a ser como la puerta del cielo en que se congregarán los ángeles, y donde la Paloma de paz doblando sus alas descansará y, en tus horas más difíciles, todavía dirás: «Esto no es sino la casa de Dios; esta es la puerta del cielo.» Amado, ¿posees este pequeño santuario perfumado? «Yo seré para ellos un pequeño santuario», ha dicho Dios.

Algunos, al andar por el desierto, sabemos bien que llevamos con nosotros nuestra tienda, y cuando el calor arrecia, o el relente de la noche nos deja ateridos, nos protegemos en ella; y dentro, el aire es suave y dulce, el mismo aliento del cielo. «Bendito el hombre en que te complaces y le haces morar en tu presencia.» Amado, ven y anda a la luz del Señor, hasta que El pueda decir: «Venid, benditos de mi Padre, entrad ahora, no en tiendas mudables en el desierto, sino en el palacio del Rey.»

Capítulo VII

EL ARCA Y EL LUGAR SANTISIMO

«Harás también un arca de madera de acacia, cuya longitud será de dos codos y medio, su anchura de codo y medio, y su altura de codo y medio. Y la cubrirás de oro puro por dentro y por fuera, y harás sobre ella una cornisa de oro alrededor. Fundirás para ella cuatro anillos de oro que pondrás en sus cuatro esquinas; dos anillos a un lado de ella, y dos anillos al otro lado. Harás unas varas de madera de acacia, las cuales cubrirás de oro. Y meterás las varas por los anillos a los lados del arca, para llevar el arca con ellas. Las varas quedarán en los anillos del arca; no se quitarán de ella. Y pondrás en el arca el testimonio que yo te daré. Y harás un propiciatorio de oro fino, cuya longitud será de dos codos y medio y su anchura de codo y medio. Harás también dos qerubines de oro; labrados a martillo los harás en los dos extremos del propiciatorio. Harás, pues, un querubín en un extremo, y un querubín en el otro extremo; de una pieza con el propiciatorio harás los querubines en sus dos extremos. Y los querubines extenderán por encima las alas, cubriendo con sus alas

el propiciatorio; sus rostros, el uno enfrente del otro, mirando al propiciatorio los rostros de los querubines. Y pondrás el propiciatorio encima del arca, y en el arca pondrás el testimonio que yo te daré. Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que yo te mande para los hijos de Israel.» (Exodo 25:10-22.)

«Porque fue preparada la parte anterior del tabernáculo, en la que estaban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición; ésta se llama el Lugar Santo. Tras el segundo velo, estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que retoñó, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio; de las cuales cosas no es ahora el momento de hablar en detalle.»

No tenemos por qué entrar a hablar de la forma y dimensiones de esta porción restante del Tabernáculo. Se puede entender fácilmente que esta cámara interior era un cubo perfecto, separado del santuario externo por una hermosa cortina llamada el velo, el cual contenía el trabajo más exquisito de toda la estructura, pues estaba forrada de oro y adornada con bordados primorosos. Contenía un solo mueble, llamado arca, de dos codos y medio de longitud y de un codo y medio de anchura y otro tanto de altura. Se guardaban en su interior las dos tablas de la ley; y durante un tiempo, una urna con maná, guardado

del desierto, y la vara de Aarón, que había florecido, símbolo de la autoridad divina del sacerdocio. El arca tenía también varas para ser transportada, con anillos para las varas. Encima de ella había el propiciatorio, de oro macizo, con las salpicaduras de la sangre que el Sumo Sacerdote, una vez al año, traía adentro del Lugar Santísimo. Y encima de este propiciatorio había las figuras aladas de dos querubines, mirándose uno a otro, con las alas extendidas, donde brillaba constantemente la presencia de Dios, llamada Sequina, y que parece haberse extendido en forma de nube que guiaba y protegía al pueblo en sus viajes por el desierto.

Esta cámara era el punto principal de interés del Tabernáculo. Era la cámara de la presencia de Dios. Era visitada una vez al año por el Sumo Sacerdote, en el Día de la Expiación, el cual llevaba los nombres del pueblo en su pectoral y sus hombros y hacía reconciliación por sus pecados. Esto representaba la más alta y profunda comunión del alma con Dios. Esta cámara interior es el lugar secreto del Altísimo, donde podemos entrar ahora por medio de la sangre de Jesús, abierta para todos desde la muerte del Salvador, y que derrama su luz y su gloria sobre nuestras vidas. Es también un tipo glorioso y válido de todo lo que no nos ha sido revelado todavía, la gloria del mundo eternal.
mundo eternal. Es un tipo de la luz que es inaccesible, la misma luz de su presencia, ya que El mismo es la gloria de la ciudad que no tiene necesidad de sol, sino que el Cordero es la luz de la misma.

1. La primera lección está relacionada con el velo que en otro tiempo separaba esta cámara sagrada, pero que ahora ha sido quitado, y ya no la

separa. Este velo representaba las obstrucciones que se interponían entre el alma y Dios en la dispensación hebrea y oscurecía la plena revelación de su presencia y su gracia. Y representa, por otra parte, la eliminación de estas obstrucciones, y la revelación que nos ha llegado desde entonces por la obra consumada de Cristo. De modo que, por una parte, representa la separación, y por otra la revelación, lo que antes nos separaba de Dios y ahora el camino por el cual llegamos a la más íntima comunión con Dios. Se nos dice que este velo era la carne de Jesucristo y que cuando su carne fue rasgada en la Cruz, este velo quedó partido en dos, y el Lugar Santísimo quedó abierto y a la vista, para que pudieran entrar en él todos los que creen y confían en El. Ahora bien, no puedo por menos de creer que esto es típico también de la vida completa en carne del pueblo de Dios y que la muerte del Señor Jesucristo es típica de la muerte en la que entramos todos cuando nos consagramos a Dios. Y la eliminación del velo, que fue retirado por su muerte, representa la muerte que sufrimos nosotros cuando morimos con Cristo, y somos levantados en novedad de vida. En tanto, queridos amigos, que vuestra carne persiste, no es posible que entréis en el Lugar Santísimo. No podéis verlo. La vieja naturaleza impide ver la gloria de Dios. Pero cuando el yo muere, el velo es rasgado en dos, la gloria de Dios se muestra y la voz del Espíritu dice: «Teniendo entera libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él abrió por nosotros, a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe.» Así, pues, todo lo que te ayuda a morir al yo, te ayuda a

vivir en El, y es la apertura de la gloria de Dios en ti. Y si puedes decir: «Estoy muerto con Cristo», y «He resucitado con Cristo», estoy seguro que puedes entender algo del lenguaje del apóstol en su epístola: «Que Cristo habite en vuestro corazón por la fe; para que podáis conocer la altura, la profundidad y la longitud y la anchura del amor de Cristo, que sobrepasa todo conocimiento y podáis ser llenos de toda la plenitud de Dios.»

Amado, ¿ha sido el velo rasgado en dos para ti porque ya has muerto al yo? Si es así, tu corazón es un Tabernáculo santo, y no hay barrera entre tú y el trono de Dios.

2. Entremos reverentemente y demos una mirada al propiciatorio. Esta es la cubierta de oro del arca del pacto. La cubierta es el propiciatorio. Es del mismo oro que fue trabajado para hacer los querubines que lo cubren. Son todos ellos de una pieza. Ahora bien, esto significa literalmente en hebreo cubierta de sangre y la interpretación es que guarda algo; cubre algo que de nosotros no quisiéramos ver. ¿Qué es lo que cubre este propiciatorio? Imaginémonos por un momento, el arca, con su cubierta, que es el propiciatorio. Imaginemos también que el registro de tus pecados está en esta urna, que la ley quebrantada está allí, la ley, cada una de cuyas líneas clama al cielo contra ti, como testigo de tus pecados. La has quebrantado; apela a Dios para que se te juzgue. Imagínate ahora que no hay cubierta en el arca, que está abierta: y que tus pecados están grabados en las tablas de piedra, dando testimonio para siempre contra ti. Y ahora, encima el ojo terrible del Sequina, que está considerando lo escrito en las tablas. La vista de Dios está fija, mirando hacia las tablas: ¿no desearías que hubiera algo que se interpusiera entre las tablas y su vista? Si aparecie-

ra un ángel y con una mano colocara una cubierta de oro, imperecedera y fija, que para siempre cubriera el registro de tu pecado, y con la otra rociara sangre, que respondiera por tu pecado y proclamara: «Castigado, perdonado, rescatado. A cuenta mía, Padre, perdónalo», ¿no considerarías que esta cubierta es gloriosa? Esto es exactamente lo que es. Oigamos a David: «Bendito el hombre cuyos pecados son perdonados y cubierta su maldad.» Es la misma palabra usada para el propiciatorio. Y otra vez: «No ha visto iniquidad en Jacob, ni maldad en Israel.» ¿Por qué? Porque estaba cubierta. ¡Oh, amado, este es el significado de la salvación: quedar cubierto para siempre por la sangre de Jesús, por la justicia de Jesús!

Y por ello el propiciatorio ha venido a representar la misericordia de Dios. Pero, más adelante, ha venido a significar el privilegio de la comunión, a base de la expiación e intercesión de Cristo.

El Señor dice: «De allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines.» No hay nada ahora, ni culpa ni pecado ni temor. Puedes traer tus deseos y tus necesidades, y puedes volver una y otra vez, pues ya no hay velo. El velo ha sido retirado, y la voz de amor dice: «Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe», y «Acerquémonos pues, confiadamente, al Trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.» (Hebreos 4:16.) ¡Oh, amados!, ¿conocéis el bendito significado del propiciatorio?

Nuestro corazón palpita de amor y alabanza, al pensar en lo que esto significa. «Amo a Jehová, pues ha escuchado la voz de mis súplicas, porque ha inclinado a mí su oído cuantas veces le he invocado en mi vida.» (Salmo 16:1-2.)

3. Miremos ahora el arca. Es un tipo especial de Cristo; El es el sacrificio, y la gloria y el mismo centro de la salvación y la reconciliación con Dios. El significado más alto de este antiguo Tabernáculo es, pues, el evangelio eterno. Y este arca, y todo lo que se refiere al arca, son tipos de Cristo y de la salvación. El propiciatorio era la cubierta del arca, y los querubines eran una extensión del propiciatorio. Esto significa que Jesucristo es el primero y el último, la sustancia, el Alfa y Omega de este glorioso mundo del cual el arca es la figura. No hay nada allí sino el arca y lo que la acompaña. Y si llegamos al cielo veremos sólo a Jesús. Si miramos al Padre, veremos a Jesús como la plenitud de su gloria. Los ángeles le sirven. No tengo nada en el cielo sino Jesús, y no debería tener nada en la tierra. Deberíamos poder decir: «Jesús, hermoso entre diez mil: No tengo ningún deseo sino de Ti.» Y Jesús llenará todo tu corazón si le dejas. Basta para el altar de sacrificios, para el Lugar Santísimo, para tu corazón.

Este arca gloriosa dirigía al pueblo; era una constante garantía de dirección y de victoria; dondequiera que iban, el arca iba delante, según vemos en Números 10:33: «Buscándoles lugar de descanso.» Y cuando llegaron a la orilla del Jordán, y no había manera de pasar el río, que iba de crecida y les separaba de la tierra de promisión, cuando el arca entró en el agua, las olas se apartaron e Israel pudo cruzarlo en triunfo. Nos señala a Jesús, nuestro gran Capitán y Guía. Cuando lleguemos a las procelosas aguas de la tribulación, El nos las hará atravesar; y cuando el río salga de madre inundando sus riberas en el Jordán de la muerte, también se apartarán sus aguas, y seguiremos adelante en seco, vencedores de la muerte. «El que guarda mis mandamientos no verá la

muerte.» El cristiano dirá: «¿Dónde está la muerte? No puedo verla, no puedo ver ni rastro del río; no veo sino a Jesús; no hay nada más que las puertas del cielo; la muerte no existe.»

El arca contiene la perfecta justicia de Jesús. Leemos que había tres cosas en el arca: primero, las tablas del pacto; segundo, la vara de Aarón que floreció; tercero, la urna de maná recogido en el desierto como recuerdo. El primero de estos objetos nos enseña que Jesucristo, nuestra arca, tenía en su mismo corazón y en su misma naturaleza, la perfecta justicia de Dios. La divina ley estaba guardada en su pecho, y tan perfectamente guardada que nos trajo la perfecta justicia. Jesús fue el único que la guardó o que podía hacerlo. Las primeras tablas fueron rotas, símbolo, yo creo, del hecho que cuando Dios dio la ley a Adán, éste la infringió; pero la segunda vez dio la ley a Moisés guardada en el arca. De modo que, bajo la nueva dispensación, Jesús vino para guardar la ley. Aunque la ley ha sido el testigo de nuestro pecado, El la cumplió.

Esta es una historia antigua, pero será contada en tanto que el hombre viva, y siempre será nueva para alguien. De modo que la cuento hoy otra vez, la única manera en que el hombre puede ser salvo es aplicándose la justicia de Cristo. Esta es tu justificación.

Pero, hay otra idea más grande que ésta, y que espero no será difícil de entender. No basta que Jesucristo haya guardado la ley por ti, sino que Jesucristo quiere entrar en tu corazón y guardar la ley en ti. De modo que no sólo había la ley en el arca, sino que el arca estaba en el santuario. Si tú eres la morada del Espíritu Santo, en el mismo centro de tu alma allí está Cristo, como estaba en el Tabernáculo. Pero la ley estaba guardada en

el mismo corazón del arca; y también la misma santidad de Jesús se hallará dentro de ti, si El está en ti. Abre tu corazón, amado, y déjale entrar y El te traerá justicia y santidad. Si Cristo está en ti, su santidad está en ti, y El lo guarda todo. Este es el secreto de la santidad divina: Cristo en el corazón, nuestra vida y nuestra justicia.

Había otro objeto en el arca: la vara que floreció. Esta es una imagen del sacerdocio de Aarón y los retoños representan su lozanía. Siempre estaba lozana. Representa a Jesús a la diestra de Dios rogando por nosotros. Y los brotes de la vara sugieren el vigor de las intercesiones de Cristo. Hay algo nuevo cada mañana. Oh, amigo en tu corazón esta mañana, hay rosas que no estaban abiertas antes; hay lirios cuya suave fragancia apareció esta mañana; hay gotas de rocío que vienen a refrescar tu alma. Aquí hay flores recientes de paz, gozo y sanidad. ¿Has olido estas flores? Luego no hay nada inmundo en tu corazón. ¿Te has refrescado en estas gotas de rocío? Luego hay refrigerio en ti esta mañana.

La urna de maná significa su constante provisión, el pan celestial guardado para ti. Puede que no tengas pan a la mesa, pero hay pan dentro del alma.

Fue notable que cuando esta arca fue llevada al templo de Salomón, sacaron de ella dos cosas, y sólo quedó una. En el desierto contenía las tres, pero cuando la bajaron de la cima del Monte Moria, la urna de maná y la vara fueron quitadas y sólo quedó la ley. Creo que esto significa que cuando lleguemos al hogar no necesitaremos más maná; ni la vara florecida, pues tendremos los frutos gloriosos del paraíso. En vez de las gotas de rocío y las flores y la promesa de los frutos tendremos el árbol que da sus frutos cada mes.

4. Los querubines que cubrían el propiciatorio con sus cuatro caras —de león, de buey, de hombre y de águila—, representaban la humanidad del hombre, la fuerza del buey, la majestad del león y el vuelo del águila, atributos de Jesucristo, y que también pertenecen a sus hermanos. Ahora marchamos llevando delante no ya el arca sino la imagen de la gloria de los redimidos. Poco a poco tendremos la realeza de Jesús, seremos fuertes como Jesús, tendremos eminencia como Jesús dentro de una esfera mucho más modesta puesto que somos humanos, mientras que El es divino, y seremos inmaculados como es hoy el Hijo del Hombre. Dios ha puesto esta imagen delante de nosotros, para que la podamos ver todos. Este es nuestro futuro destino. (Véase 1.ª Juan 3:2.)

5. Finalmente, entre las alas de estos gloriosos querubines brillaba la luz del Sequina, la misma presencia de Dios. Esto es lo mejor de todo. Esta es la luz que no mengua. Este es el sol que no decrecerá en su resplandor, sino que Dios será nuestra luz eterna. Su brillo es mayor que diez mil soles; y aun en gloria refleja, los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.

En resumen: primero, vive en la cámara interna; la puerta está abierta siempre; deja que tu vida terrena transcurra en el cielo y en la plenitud de la gracia y la gloria del cielo; segundo, mantén viva tu esperanza. Hay algo mejor todavía: mantén fijos tus ojos en el cielo, pues donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón.